



# PACIFICO

≡ MAGAZINE ≡





*E del Canto*



# EL JENERAL DEL CANTO

Por \_\_\_\_\_

ARMANDO DONOSO

Ilustraciones fotográficas

—¿Un soldado?

—No; un héroe.

Con voz cortante, acento firme y gesto soberbio, subrayó la entonación de estas tres palabras mi anciano amigo. Las guías largas, flácidas, enteramente blancas de su bigote, prolongaban el temblor de su voz.

Un soldado... un soldado nato; pero, también, algo más que un soldado. Un hombre que nació para su época, cuando apenas la república comenzaba a consolidarse. Nació soldado y con su espada puso una rúbrica de fuego bajo su nombre. Le vieron y le tocaron las balas de Cerro Grande, allá en la remota mitad del pasado siglo; palmo a palmo disputó con las indias embravecidas las tierras de la Araucanía y más de una noche terrible sintió rugir en torno de los suyos a las horas del cacique Huechún; corrió con sus soldados a cubrir la guarnición de Talcahuano, cuando la fragata española "Resolución" bloqueaba el puerto; hizo toda la campaña del 79 ganando sus galones de batalla en batalla y de arrojo en arrojo; y coronó su carrera militar en los días de 1891, cuando la revolución requería su espada, deponiendo sus energías ante la causa constitucional. Conción y Placilla fueron para él las dos páginas brillantes en que dejó escrita su despedida de la asarozca existencia de soldado.

—¿Un héroe!

—Sí; un héroe.

Me repite una vez más mi amigo. El comprende que yo pienso que tener muchas campañas en una hoja de servicios militares puede no ser prueba suficiente de valor. ¿Cuántos galones no son fruto exclusivo de granjería y de favoritismo? Pero, este caso que él trata de explicarme, es un caso que no dice relación con los tiempos en que vivimos; los generales de ahora no son los de antaño; y los soldados de hoy no se conocerían con los de ayer.

El General del Canto nació cuando aún vivían muchos de los próceres de las primeras campañas y tamaño ejemplo tuvo no poca parte en su formación de adolescente: cerca estaban Freire y Las Heras, Búlnes y Godoy. Si

su niñez se había desarrollado al fecundo calor del próspero gobierno del general Búlnes, sin alcanzar a darse cuenta de lo que él significaba en el desenvolvimiento del país, su mocedad maduró en pleno período del fuerte gobierno de don Manuel Montt. Antes de cumplir los cuatro lustros ya había hecho su aprendizaje militar y a los diecinueve recibía su bautismo de fuego en Cerro Grande, bautismo que una feliz casualidad salvó de tronchar en flor una vida que luego había de ser tan útil.

¡Carrera temeraria era la de un joven de entonces si se daba por entero a las disciplinas del rudo Marte! Acogíale en su seno la Escuela Militar y ponían a prueba sus dotes ora un movimiento revolucionario, ya una campaña en tierras extranjeras o luego la asarozca vida del campamento en las selvas araucanas, donde el indio temerario y la naturaleza implacable abroquelaban las más firmes energías y las más fieras decisiones. Así el joven teniente Estanislao del Canto hubo de salir de las aulas para ir a Cerro Grande, donde la muerte respetó su juventud.

¡Setenta y siete años! Mientras el General camina con paso ágil y elástico, como un joven que no sintiese gravitar sobre sus espaldas más que el peso de una veintena primavera, nosotros pensamos: ¿qué milagro de energía se realiza en su naturaleza? ¿Cómo es posible que una vida como la suya, que no se ha dado tregua un instante, que no ha reposado nunca, se mantenga intacta como en sus buenos años de juventud, sin denunciar ni la más remota fatiga? ¿Cuántos han logrado llegar a esa edad apenas si conservan la llama viva de la inteligencia y las energías despiertas!

Talvez la vida sana del general, que jamás comulgó con los refinamientos de las costumbres cortesanías de las ciudades y sólo fué forjada en el yunque de diez campañas, devorando caminos ásperos, a través de selvas



Subteniente, 1863

impenetrables y de sierras abruptas; la constante vida del cuartel, que no le dejaba tiempo para consumir sus horas en la molición; la sobriedad de sus hábitos, heredada de sus antepasados todos, conservaron siempre en él el vigor mozo de la sangre y las sanas aptitudes del organismo. Así le veis ahora: sano y joven, firme y activo, como en sus mejores años; lúcidas sus facultades hasta el punto de conservar su memoria tan viva que para ella los detalles más remotos no constituyen tropiezo cuando quiere traerlos a flor de labios.

Bronceado el rostro, blancos los bigotes, erguido el torso, saliente el pecho, quien le ve admira la gallardía de este soldado que no se ha rendido bajo el peso de los años. Franco en el hablar, escrupuloso en cuanto recuerda, decidir en su trato, gusta quien quiera que le oiga participar de su charla sencilla y afable. La historia para él es un culto, pero un culto divino que jamás ha de ser profanado por fáciles engaños ni livianas conveniencias.

Cuando nos encontramos ante el General del Canto lo primero que aende a nuestros labios es el recuerdo de su abuelo paterno, don José Antonio del Canto, que siendo capitán en el batallón número 11 que comandaba don Juan Gregorio Las Heras, se encontró en las acciones de Yervas Buenas, de Chacabuco y de Maipú. Ello nos induce a preguntarle al General:

—¿Qué recuerdos conserva de su abuelo, don José Antonio del Canto?

Y él nos responde inmediatamente, con la agilidad de su memoria portentosa:

—Todo lo que recuerdo de mi abuelo fué que de chiquito me enseñaba a marchar. El fué capitán de la segunda compañía del batallón número 11, que mandaba don Juan Gregorio Las Heras. Peleó en Chacabuco. Recuerdo haberle oído decir que en esa acción se puso de acuerdo con todos los capitanes del batallón para decirle a los negros (porque era batallón casi todo compuesto de negros) que si se dejaban tomar prisioneros se los llevarían los españoles para venderlos en Lima por azúcar. También contaba que, antes de obscurerse el 12 de febrero, varios negros fueron a pedirle permiso para ir a recoger cualquier cosa en el campo de batalla. Concedió el permiso, pero temiendo que se le desertaran volviéndose a la Argentina, mandó algunas clases para que los inspeccionasen y a su regreso le dijeron que todos los soldados habían recogido en el campo cosas insignificantes, siendo su principal objeto vengarse contra los godos muertos: con la culata del fusil golpeaban a los cadáveres en la boca exclamando: "¡No te gusta achuca! Toma achuca" y los maltrataban con verdadera saña. Durante la acción, en Chacabuco, el capitán del Canto recordaba que se vió casi copado con su compañía: especialmente él con su asistente, un negro que se llamaba Vicente, fueron encerrados por tres ginetes de los dragones de la Reina. Entonces el capitán le dijo: "Vicente, ¿tienes seguridad de voltear a uno de esos que vienen contra nosotros?" Vicente contestó afirmativamente: "Entonces elige uno de los tres para tí y déjame los otros dos". Efectivamente, el asistente se fué al de adelante y lo derribó, mientras el capitán le daba un mandoble al segundo ginete, cortándole las riendas, por lo cual tuvo que seguir de largo no sin dar unos hachazos que fueron parados oportunamente. El tercer ginete detuvo su caballo y trabó combate; pero el asistente, mientras el ginete combatía con su capitán, toma el fusil por la trompetilla y a un descuido le dió un feroz golpe al dragón, derribándolo. Entonces al capitán, que era hombre de muchos pulsos, le fué fácil detenerlo y el asistente lo ultimó con su bayoneta.

Refiere en seguida el General que, a menudo, le oyó contar a su abuelo que había asistido a Cancha Rayada, teniendo palabras de admiración para su jefe el Coronel Las Heras que, con toda serenidad, daba sus ordenes para ejecutar la retirada en buena forma, gracias a lo cual se salvó el ejército patriota.

Con justificado orgullo habla de su abuelo el General del Canto; no parece sino que todo en aquella herencia gloriosa le correspondiese a él: la sangre del capitán don José Antonio del Canto es su sangre; su herencia de soldado es el patrimonio de valor que ha podido aportar como prosapia antes de ga-



narse sus galones en los campos de batalla...

Pero, es menester aún completar esta página; el General recuerda:

—Me contaba mi abuelo que en la batalla de Maipú a los huasos de un escuadrón de Los Andes se les ocurrió la idea de añadir ocho o diez lazos trenzados para hacer una ronda y desbaratar a los españoles. Efectivamente, ejecutaban la operación poniendo doble lazos y en una distancia de más de una cuadra se fueron dos ginetes por un flanco y otros dos por el otro y al galope del caballo arrollaron a un batallón, descomponiéndolos a todos y echando a la mayor parte de los soldados a tierra, de suerte que doscientos o trescientos hombres quedaron fuera de combate.

Una persona solicita hablar con el General. Sale un instante; cambia algunas palabras y luego regresa. Entonces nos dice:

—Estos son los recuerdos que tengo de las conversaciones que tuve con mi abuelo, don José Antonio del Canto, que peleó en Chacabuco, Cancha Rayada y Maipú.

El General nos observa. Calla. Nosotros aprovechamos el intervalo para interrogarlo aún sobre sus remotos recuerdos de juventud. Cuando brotan de nuestros labios los nombres del General Búlnes y de don Manuel Montt, él se alza de su asiento y, con un gesto de veneración, nos dice que al Presidente Búlnes tuvo ocasión de conocerlo muy de cerca: recuerda sus gestos y sus palabras; que, cuando hablaba estando disgustado, profecía a menudo imprecaciones violentas; evoca como le vió tantas veces llegar *chez Paulino* a tomar el ponche de culén y a charlar con algunos de sus amigos.

Para don Manuel Montt tiene el General sólo palabras de gratitud y de admiración.

—Ese ha sido el hombre más grande que hemos tenido, nos dice. Poco sería tener su imágen continuamente con lámparas votivas, como en la hornacina del Cristo de la Catedral.

Preguntámosle en seguida al General sobre su ingreso a la carrera de las armas.

Y él, con la seguridad de quien dispone de una memoria privilegiada, nos responde inmediatamente:

—El año 1855 era yo monitor general de la escuela primaria de Santa Cruz, de Colchagua entonces y ahora de Curicó, y con el vehemente deseo de seguir estudiando me quejaba de lo indolente que eran conmigo, no satisfaciendo mis deseos. En las vacaciones de ese año estubo en casa mi tío don Epifanio del Canto y oyendo mis quejas me dijo que me iba a recomendar a los directores de la Escuela de Artes y Oficios y Normal de Preceptores. Habiéndole pedido que antes de regresar a Santiago me dejase escritas cartas para esos señores, lo hizo con gusto, y otro de mis tíos, el cura don Rafael del Canto, que oía la petición, me dijo que me daría también una carta de recomendación para el Rvdo. Padre Aracena de la Recoleta Dominicana. En posesión de las tres cartas,

concebí la idea de pedir a mi tía doña Mariana del Canto que indagase sobre las ropas que debería necesitar para ingresar a un colegio en Santiago y me la mandase hacer. Cuando mi tía me dijo que tenía todo preparado, me puse al habla con el birlochero de casa, José María Gómez, y le previne en nombre de mi tío el cura, para que fuese a la Hacienda de Colchagua, de don Federico Errázuriz Zañartu, a proporcionarse dos caballos y una mula a fin de hacer viaje a Santiago, debiendo él acompañarme. Ejecutó el mandato y en el mes de enero de 1856 nos trasladamos a Santiago, sin que nadie de mi familia se impusiese de este viaje, de manera que se puede decir, con propiedad, que me fugué de mi casa para entrar a un colegio donde hacer mis estudios.

Cavila un momento. Hace memoria y luego prosigue, sin interrumpir el hilo de su recuerdo.

—Visitando la Escuela Militar, por ser pariente inmediato del sub-director de dicho establecimiento, vi una tarde hacer el ejercicio de los cadetes y me entusiasmó de tal manera que en adelante ya no pensé sino en entrar a ese establecimiento. Diariamente concurrí a la Escuela, hasta el extremo de hacer llamar la atención del General Aldunate, su director, quién me interrogó más de una vez sobre tan constante asistencia. Expúsele que estaba enteramente inclinado y resuelto a ingresar como alumno. Con este motivo se puso de acuerdo con el sub-director y no habiendo ninguna vacante de planta o supernumerario sino únicamente de pensionista y no teniendo quien pagase dicha pensión, resolvieron entre ambos darme co-



Teniente, 1865.



Un parlamento entre los araucanos en 1872, presidido por don Cornelio Saavedra. En el extremo de la izquierda aparece el entonces teniente del Canto. A su lado y delante de él, don Mauricio Muñoz; sentado en el árbol don Gregorio Urrutia; delante del coronel Saavedra aparece el lenguaraz e intérprete Barra. Detrás del coronel, están el coronel argentino don Manuel José Lazcuaya y el autor del presente dibujo.

locación en la segunda sección a que pertenecían los jóvenes de más de dieciocho años, con el título de cabo. Había permanecido más de cuatro meses esperando poder colocarme hasta que pude entrar en la sección ya dicha el 6 de mayo de 1856.

Una persona entra a la pieza de trabajo del General y le ha interrumpido. Le pregunta algo y luego se va. Nosotros le decimos:

—De su estada en la Escuela Militar; del jefe de ella, el General Aldunate; de sus enseñanzas, ¿qué recuerdos conserva?

—El General Aldunate—nos responde él—fué y será para mí el militar más pundonoroso del ejército chileno y me fundó para ello en el recuerdo de su servicio que todos comentábamos y aprendíamos a conocer desde el día siguiente que se ingresaba a la Escuela Militar: severo, circunspecto, y con un cariño paternal para los alumnos. Recuerdo que siempre conversábamos sobre el siguiente hecho ocurrido en el Perú, cuando los chilenos peleaban por la independencia de aquel país. En una acción ocurrida en la Macarona, cerca de Ica, los chilenos fueron derrotados y el sargento mayor del segundo de línea, don Santiago Aldunate, cayó herido y fué hecho prisionero por los españoles con otros oficiales. En esta situación se presenta un jefe español y en alta voz pregunta a los prisioneros: “¿Cuál de vosotros es el de mayor graduación?”, contes-

tando de su lecho el mayor Aldunate: “Yo, señor”.—“Entonces usted, en nombre de los demás—le responde el godó—prestará juramento de no abandonar esta prisión mientras no se les ponga en libertad”. El mayor Aldunate así lo prometió en nombre de sus compañeros y expuso que ya había entregado su espada en calidad de vencido. Ocurrió después que los chilenos dieron una sorpresa a los españoles y los hicieron aún abandonar la ciudad de Ica, quedando, naturalmente, el hospital y prisión en que estaban los chilenos completamente libertados. Sucede, por segunda vez, que los chilenos son expulsados de la localidad donde estaban los prisioneros, cuando causó gran admiración a los españoles que el mayor Aldunate aún conservase la pieza donde había quedado. Interrogado por el jefe de las tropas españolas el por qué no se había ido con sus compañeros desde el momento en que había sido tomado por las fuerzas del ejército enemigo, contestó que él había jurado no abandonar la prisión mientras no se le pusiese en libertad, que nadie lo había hecho, y que por esa razón se encontraba en ese recinto. A tan grande acto el jefe de las fuerzas españolas mandó un parlamentario al jefe de las fuerzas chilenas con una nota que expresaba que enviaba a incorporarse a su ejército a la dignidad y honor personificados en la persona de don José Santiago Aldunate, acompañando al parlamentario una banda de mú-



sicos. El jefe de los chilenos contestó la nota dando las gracias y en retribución se dió libertad a un brigadier prisionero, del ejército español. Por eso en la hoja de servicios del General Aldunate figura el hecho de que fué canjeado por el ejército español, pero el canje se verificó en la forma que se deja relatada.

Hay en el modo de decir del General, en su expresión y en su lenguaje, un acento de firmeza y de cariñoso convencimiento. No alcanzamos a insinuar ni una palabra cuando él reanuda sus recuerdos.

—Otro hecho tuvo lugar durante el tiempo que fué Intendente de Chiloé, en donde recibió una carta de su grande y buen amigo don Bernardo O'Higgins, pidiéndole que aceptase y contribuyese a la restauración de su mando, pero don José Santiago Aldunate contestó a O'Higgins diplomáticamente que siempre le seguía siendo fiel en su amistad pero que el Gobierno de Chile le había nombrado Intendente de aquella provincia y le era materialmente imposible ser desleal a su patria... Como una última prueba de la dignidad y honor del General Aldunate voy a contarle un ejemplo que pinta al militar de cuerpo entero. En la Escuela Militar salía todos los sábados un periódico manuscrito que se había fundado para criticar no tan sólo los rasgos de conducta irregulares del personal, sino también la alimentación e higiene del establecimiento. Bien pronto comenzaron a aparecer artículos de hechos ocurridos fuera del establecimiento, ligándose ya con los hogares. Con este motivo ocurrió un duelo a espada entre los cadetes Antonio Brieba y Francisco Ramírez, sirviendo de padrinos los cadetes Francisco Muñoz Bezanilla y Eustaquio Gorostia y a mí me hablaron comunicándome que cuando estuviese de servicio les permitiese pasar a un patio donde se encontraba un molejón a fin de afilar las espadas. Postergaron el desafío hasta que ya las armas estuviesen listas y esperaron el día en que me encontrase de servicio, pues el campo elegido para el combate era un corralón que estaba situado al sur de la Escuela y tenían que pasar irremediamente por el patio de los cabos. De cuatro a cinco de la mañana salieron de su sala los combatientes y padrinos y yo los conduje al campo donde debía verificarse el duelo, previéndoles que yo iba a

estar arriba del gimnasio, y que dado el caso que viniese alguno de los ayudantes yo diría en alta voz: ¡qué frío! y acompañaría con un palmoteo de manos la exclamación. El combate tuvo lugar, resultando uno de los combatientes herido en la cabeza y el otro en la mano, por lo cual volvieron a su cuadra y se echaron a la cama dando parte de enfermos. El General Aldunate tuvo conocimiento del desafío y supo que los dos estaban heridos, por lo cual tan pronto llegaba al establecimiento, se dirigió a la sala dormitorio y no hizo otra cosa que preguntarles por su salud, sin que jamás les diese una reconvencción, probando con ésto que siempre amparaba el valor y la dignidad.

Cesa un instante de hablar el General. Nos mira con ojo interrogador y luego nos dice:

—¿Qué le parece?

Pero antes de que alcancemos a asentir a su pregunta, él comienza a hablar así:

—En una ocasión se le perdió al cadete ecuatoriano Manuel Larrea un anillo con un sello que había pertenecido a su abuelo y que era un recuerdo de gran valor. Llegado el hecho al conocimiento del director, ordenó que para ese día, después de almuerzo, no saliese nadie del establecimiento, incluso la sevindumbre y que a la una en punto estuviese formado todo el personal, sirvientes y hasta la cocinera. A la una en punto llegó a la Escuela, y estando todos formados, hizo que el ecónomo trajese un lavatorio lleno de afrecho y lo colocase en la oficina del establecimiento. El General dijo que todos deberían hacer lo que él ejecutaba y metiéndose las manos al bolsillo del paletó las sacó con los puños cerrados y en esa forma entró a la oficina y metió las manos en el afrecho, revolviólo un poco y después salió con las manos extendidas. Dijo en seguida que se retirasen y que, un cuarto de hora después, se llamaría a formar para ejecutar la operación que él había indicado. Llegada la hora y hecha la formación el mismo General rompió el movimiento para entrar a la oficina con las manos empuñadas, introduciéndolas al lavatorio con afrecho y salir con los dedos extendidos; siguió el sub-director, oficiales, cadetes y todo el personal. Revolviendo después el afrecho el General y presentando al cadete Larrea el anillo que se había perdido, agregó en



Capitán, en 1867

alta voz, diciendo: "Es indudable que aquí existe lima sorda; pero, si llego a descubrirla, tendrá que arrepentirse todos los días de su vida..."

Los hechos anteriores patentizan lo que era el General Aldunate, dando pruebas incontrastables del beneficio que hizo a la nación haciendo producir a la Escuela Militar desde 1827 hasta 1861 los generales, jefes y oficiales que en ese lapso de tiempo ha tenido el Ejército de Chile.

Tiempos eran los de promedios de la pasada centuria de energía y de trabajo: templábase la juventud en el alto ejemplo de las luchas de una nacionalidad en formación. Así le tocó al joven aspirante del Canto iniciar su carrera de las armas con una campaña revolucionaria que le habituó, desde aquel entonces, al indiferente ruido de las balas. Tenía apenas dieciocho años y toda una vida por delante, una vida que era menester ganarla por asalto. En 1859 estalla un movimiento revolucionario: la subversión de los Gallo contra el gobierno de Montt. Y he aquí que el joven cabo parte al Norte y si no encuentra ocasión en que lucir proezas de heroísmo, por lo menos se conduce como un valiente que sabe ganarse en buena lid un galón. Este recuerdo nos induce a inquirir del General sus memorias de entonces. Y él, con desenvuelta franqueza, nos refiere larga y minuciosamente su vida de aquellos años.

—En 1859 —se dió un decreto supremo para que toda la sección de cabos de la Escuela Militar saliese al ejército destinándose al 7.º de línea, cuerpo de nueva creación, que se formó por decreto de dos de Febrero del referido año. De cinco alumnos que fuimos destinados al 7.º merecí una recomendación especial del señor director general Aldunate, exponiéndose en esa nota que debiera obtener el empleo de sargento primero, pero no habiendo vacante de esta clase se me dió el nombramiento de sargento de segunda clase; y dos días después ocurrió vacante y se me nombró sargento primero. La formación del 7.º de línea fué algo muy curioso porque se le dió por base veinticinco enganchados por la policía y la banda del batallón número 2 de guardias nacionales, haciendo cuartel en el local que hoy ocupa el correo y el cuerpo de bomberos. El comandante de este cuerpo, teniente coronel don Santiago Amengual, hizo una recorrida por el Presidio Urbano y Cárcel Penitenciaria y allí, con facultades del Gobierno y de la administración de justicia, sacó del presidio todos los individuos que habían sido militares y algunos que estaban condenados por no largo tiempo, alcanzando a un número de treinta y tantos individuos. De la Penitenciaría sacó a todos los condenados por delitos militares; esto es a los

de deserción, abandono de guardia, escalamiento de muralla, fuga de reos que custodiaban y, en una palabra, a todos los que habían pertenecido al ejército y cuyo número fué de doce a quince. El enganche seguía diariamente, subiendo la gratificación a treinta pesos; pero esta cantidad se la daban los agentes en los garitos que presidían diciéndoles que se les daban los treinta pesos pero que deberían jugar, y si ganaban devolvían los treinta pesos y quedaban en libertad llevándose su ganancia. Muy raro era el ejemplo del enganchado que ganase porque el agente comisionista tenía tahures tan avezados en el naípe que en un dos por tres dejaban limpio de dinero al enganchado. Este enganche dió tan buen resultado que la revista de febrero pudo pasarse con doscientos y tantos individuos. Es de advertir que el cuartel no era otra cosa que una verdadera prisión bien vigilada para que no desertasen los futuros militares y permitiéndose que dos veces en el día entrasen las vivanderas con sus ollas de comida para que la tropa pudiese sustentarse con el diario de veinticinco centavos que se les daba. La instrucción de los reclutas se hacía a puerta cerrada en el mismo cuartel hasta que a fines de Febrero se completó el cuerpo de cerca de trescientos individuos con los enganchados por los comisionados de la policía y por los destinados en los distintos juzgados del crimen. Con esta fuerza se emprendió la marcha para la provincia de Aconcagua tomando por campamento el departamento de Curimón. Nuestro activo e inteligente comandante Amengual, con la autorización respectiva, se dirigió a las cárceles de los Andes, San Felipe, Petorca, Putaendo y Ligua y escogió con los respectivos jueces de letras, la gente de menos delito para incorporarla al batallón. Se estuvo en Curimón toda la primera quincena de marzo y a fines de ese mes emprendió su marcha el batallón para dirigirse a Valparaíso y embarcarse para el norte. A su paso por Quillota solicitó de la Cárcel los individuos que designase el juez letrado y luego embarcado en el tren, de reciente construcción, emprendió el viaje el cuerpo hasta llegar a Valparaíso, trasbordándose en San Pedro porque se tenía que pasar sobre el cerro a causa de que no estaba concluido el túnel. Llegado a Valparaíso se incorporaron veinte hombres de la cárcel de ese puerto y luego se embarcó el batallón 7.º de línea compuesto de seis compañías y al mando de sus jefes comandante don Santiago Amengual y mayor don Juan Antonio Vargas Pinochet. Cuando ya estuvo embarcado el cuerpo en el transporte "Antonio Varas" el comandante, que tenía una voz muy potente, desde el puente del capitán dijo: "Mayor, dele puerta franca al batallón", no sin tomar la precaución de que no hubiese ningún bote cerca del vapor. Zarpó el buque y desembarcó la tropa en el



puerto de Los Vilos donde, en la instrucción, se trabajó desde la diana hasta las once y desde la una hasta la puesta del sol, pues había necesidad de ejecutar el ejercicio de tiro y aprender el servicio de campaña. El General don Juan Vidaurre Leal, jefe del ejército pacificador del Norte, reflexionando en la distancia que mediaba entre el puerto de Los Vilos y la ciudad de La Serena, donde se encontraba el enemigo, resolvió el reembarque para dirigirse a Tongoy, en donde se reunió la división compuesta del Buin, segundo de línea; tercero, quinto, séptimo y octavo de infantería; dos baterías de artillería de montaña y el regimiento de Cazadores a caballo; dos compañías de granaderos y una de carabineros. Esta fuerza emprendió su marcha el 26 o 27 de Abril en busca del enemigo atravesando parte del desierto y encontrándose solamente en Palos Quemados una laguna de agua detenida que abasteció al ejército; pero los últimos batallones tenían que colar el agua para evitar la lama y toda clase de bichos de que estaba infectada el agua. De seis a siete de la mañana se oyeron tiros de las descubiertas y a las siete en punto se trabó el combate al pié de Cerro Grande y en donde, felizmente, corría un canal de norte a sur, que fué tan benéfico para el ejército pacificador. Cerrada la distancia entre los combatientes pudo notarse que no los separaba más que una pírca de piedra como de un metro de altura ocupando el oriente el ejército del Gobierno y el poniente el enemigo; de tal manera que sintiéndose el movimiento de uno y otro lado, los combatientes tomaban grandes piedras y las arrojaban recíprocamente de uno a otro lado. En esta situación mi amigo el subteniente don Ignacio Rozas me invita para que subamos a la pírca y, aceptándole, trepo yo inmediatamente y en el mismo acto caigo de espaldas a causa de un tiro del enemigo, cuya bala me dió en el costado izquierdo del cinturón, rompiéndose éste y destrozando igualmente mi levita y pantalón pero no penetrando la bala sino que pasando transversalmente; poco rato después se me hinchaba el costado izquierdo que tuvo fácil curación con la aplicación de sanguijuelas. Mi amigo Rozas, que subió sobre la pírca casi al mismo tiempo que yo, recibió un balazo debajo de la barba y le salió por encima de la cabeza; atravesándole el cerebro, lo mató en el acto.

Piensa un momento el General como atormentado en su recuerdo por aquella remota desgracia; luego continúa así:

—El enemigo, amenazado por la espalda por la "Esmeralda", que hizo un tiro y destrozó las Casas de Aguirre, precisamente en el lugar en donde el enemigo había establecido el hospital de sangre, se atemorizó y empujado por el Buin, que le había tomado el flanco izquierdo y lo envolvía con magnífico resultado y más que todo no siéndole posible trasmontar la pírca, hubo de ponerse

en derrota, y fué perseguido por nuestra caballería y por los tiros de la artillería de montaña. Se refugiaron en la población en donde tenían trincheras de losas de piedra en la portada sur que era la avenida principal.

Recuerda el General como en la marcha hasta la ciudad escapó de una muerte segura al entrar a una casa donde se hallaba oculta una patrulla enemiga y, al sargento que le mandó hacer el registro, lo mataron instantáneamente con una descarga cerrada. Luego nos dice:

—Para atacar la trinchera de la portada sur, donde se habían refugiado los enemigos, se comisionó al Buin y al séptimo de línea



Mayor, en 1870.

atacando el primero por la vereda derecha y el segundo por la izquierda. El enemigo hacía un fuego vivísimo y en todo el fragor del combate oigo una voz que salía de los Buines y que decía: "La lesera que nadie se atrevería a pasar de un lado a otro". Yo que oigo esta voz y, sin más impulso que mis dieciocho años, impulso irreflexivo y descabellado, me lanzo del lado izquierdo para el derecho con paso enteramente lento y mi arma a la rastra, sin más objeto que el de haber oído tal desaffo.

El General se sonríe sardónicamente y moviendo la cabeza ligeramente exclama:

—¡La brutalidad más grande que he hecho en mi vida!

En seguida, como disipando esa sombra lejana que pudo haber acabado con su vida, continúa su narración:

—El hecho de haberse introducido otras tropas por distintos lugares hizo huir a los

defensores de la trinchera y que la plaza fuese ocupada por nosotros. Al tomar posesión de la cárcel se encontraron detenidos por los mismos adversarios dos jefes del ejército enemigo, acusados de traición, los cuales tuvieron la desgracia de ser fusilados. También se creía que el enemigo había sido traicionado porque se les había dado a los combatientes cartuchos con café en lugar de pólvora pero esto no pasó de ser una invención porque yo fui comisionado para recoger del campo los pertrechos de guerra y no se notó que en absoluto hubiese ocurrido el hecho aludido.

Así termina su historia de la campaña del Norte el General. De todo y de todos nos ha hablado pero menos de su persona; nada nos ha dicho de él. Las referencias personales son ligeras y bien se dijera que desea pasar por alto todo lo suyo. Pero, nuestra curiosidad nos lleva a preguntarle si no tuvo ascenso en su carrera, si no fué premiado con un galón su arrojo y su entusiasmo.

El nos dice que, gracias a las gestiones del General Aldunate ante su comandante, le fué concedido su grado de oficial casi al siguiente día de su regreso del Norte.

Apenas termina sus últimas palabras el General nosotros le preguntamos si inmediatamente después de haber recibido este su ascenso tuvo que partir a la campaña de la Araucanía.

El nos responde que tardaron algunos meses antes de partir y que la coincidencia de algunos hechos políticos vinieron a precipitar su marcha al sur del país.

—¿Acaso, las elecciones presidenciales de 1861, inquirimos nosotros?

Y el General nos dice:

—Exactamente. Encontrándose ese año el Séptimo de línea en Valparaíso ocurrió la elección para nombrar los electores de Presidente, candidatura que se disputaban entre don José Joaquín Pérez y don José Tomás Urmeneta. Mi comandante Amengual lo mismo que el señor Intendente de la provincia, coronel Saavedra, eran ardientes partidarios del señor Urmeneta; y como en aquel entonces los candidatos eran apoyados por todas las arterias gubernativas, el séptimo de línea puso también su oficina para hacer llegar a los ciudadanos a las mesas electorales y ellos no eran otros que la porción de la tropa que se le vestía de paisano y se le instruía en el manejo de la calificación que se le daba para que concurrese a votar. Yo recuerdo que voté nueve veces con distintos trajes y el último fué vestido de clérigo con un uniforme que tenía mi primo Abraham Ovalle del Canto, que era seminarista. La contienda política fué muy reñida y se logró comprobar patentemente la activa participación que había tomado el séptimo en Valparaíso así como el Buin y Granaderos a caballo en Santiago, se resolvió que estos tres cuerpos marchasen a la Araucanía lo que se verificó en el mes de Octubre del mismo año 1861. Partimos y el séptimo de línea, a que yo pertenecía desembarqué en Taleahuano y trasladándose a Concepción

tomó el cuartel de infantería de La Puntilla.

Cesa un instante de hablar el General. De pronto su rostro bronceado y enérgico se ilumina con la cercana alegría de un recuerdo. Luego nos refiere que habiendo ido todos los oficiales de visita a la casa de una ilustre matrona penquista, doña Florinda Coco y habiendo encontrado allí a una joven que se negó a bailar una cueca, quedaron invitados para el siguiente día a una soberbia comida, debiendo escribir él la letra para la cueca que se dejó comprometida. Se ríe el General y, después de recitarnos los versos, nos ordena que en ningún caso tomemos nota de ellos para darlos al público. Pero nuestra curiosidad le fragua la traición de anotarlos porque tienen el valor de un sabroso documento. Dicen así los versos de esa cueca, que fué tocada estrepitosamente después de una comida suculenta:

El que es verdadero amor  
imposible no repara,  
pues no conoce imposibles  
aquel que de veras ama.

Si encuentras imposibles  
para querermie  
aprende a amar de veras:  
¡verás si puedes!  
En un instante  
vence los imposibles  
para tu amante.

Volviendo a su serena ausencia del momento presente, el General reanuda el hilo de su historia:

—Dos días tardamos en la marcha desde Concepción a Nacimiento, ocupando el batallón Buin el pueblo y al séptimo de línea se le mandó de avanzada al otro lado del río Vergara ocupando para cuartel unas grandes bodegas y galpones que había en la ribera derecha. Diariamente se situaban avanzadas a un kilómetro de distancia del campamento porque los indios sublevados merodeaban siempre hasta la orilla del río Vergara, desafiando con sus chivateos a las fuerzas y habitantes de Nacimiento. El jefe de las fuerzas pacificadoras de La Araucanía, coronel don Cornelio Saavedra, tomó la precaución de mandar exploradores al interior de la Araucanía en dirección a la antigua ciudad de Angol y playa de Negrete, valiéndose de los indios que eran amigos y que pertenecían a las familias Pinolevi, Colipi y Cheuquemilla, las cuales eran afectas al Gobierno por tradición. Cuando hubieron traído buenas noticias los exploradores de la plaza de Negrete anunciando que los habitantes de aquel lugar deseaban la fundación del pueblo y la reconstrucción del fuerte, se ordenó avanzar hasta dicho punto al batallón séptimo de línea que, al mando de su comandante Arriagada, inició los trabajos del recinto y cuartel de Negrete y comenzó la fundación del pueblo. Después de estar ya asegurada la tranquilidad de Negrete se dispuso que tres compañías del cuarto de línea se internasen hacia el Oriente y en la confluencia de los ríos Mulchén y Coehento se estableciese un fuerte para



delinear un pueblo con el nombre de Mulchén. Muy poco tiempo estuvo el cuerpo de línea trabajando en los pasos del recinto siendo relevada esa tropa por tres compañías del séptimo de línea, quienes fueron las que concluyeron los fosos y edificaron el cuartel.

—¿En qué dirección continuaron la marcha, en seguida?

—Desde Mulchén marcharon nuestras compañías a Negrete dejando en la plaza una sola compañía y las otras dos fueron a unirse con las que había en Negrete para dirigirnos a la antigua ciudad de Angol en unión del cuarto de línea y del regimiento de granaderos a caballo y una compañía de artillería de montaña, que eran todas las fuerzas que reconstruyeron a Angol con fecha 25 de Diciembre de 1862.

Aprovechando una ligera interrupción del General, que ha abandonado un momento la sala de trabajo, recordamos nosotros que él tuvo ocasión de presenciar de cerca el bloqueo de Talcahuano por un buque de la escuadra española, la fragata "Resolución" y que fué él quien, al mando de una compañía, hizo reembarcarse a los marinos españoles que habían ido a comprar víveres a la isla Rocuant.

A trueque de obligar al General a omitir muchos detalles interesantes en el salto de tiempo que supone pasar de esos primeros años de la campaña en la Araucanía a la guerra con España, nuestra curiosidad preurosa nos insta a ello previendo el bocado sabroso de amables recuerdos de esos años.

Tan pronto formulamos la siguiente pregunta:

—General: díganos algo de su traslado a Talcahuano el 65, con el objeto de reforzar a la guarnición de ese puerto.

Gustoso entra a narrar él los siguientes hechos:

—En el mes de Setiembre marchó el batallón de mi dependencia al puerto de Talcahuano para cubrir la guarnición, pues había venido a bloquearlo la fragata "Resolución" de la escuadra española. Ocurriósele al capitán de dicho buque mandar una lancha con gente a la isla de Rocuant para proveerse de aves u otros víveres y habiendo desembarcado, mi jefe el coronel don Joaquín Zulueta me ordenó ir a repeler el desembarco de esa gente al mando de la compañía de cazadores del séptimo de línea, con la orden expresa de no hacer fuego mientras los enemigos no lo rompiesen. Cumplí mi comisión y llegué tan oportunamente que precipité el reembarco de los tripulantes de la lancha, quienes dejaron en tierra las aves y víveres que habían comprado, por la precipitación con que se hicieron al mar. Viendo el apuro de esa pobre gente, les dije en alta voz: "Embárquense con tranquilidad, pues nada les sucederá". Algunos individuos de tropa me pedían permiso para disparar pues la lancha no estaba más distante de veinte metros, pero yo lo prohibí en absoluto. Al ver tanta generosi-



Al partir a la campaña del Perú.—Teniente Coronel graduado

dad, el oficial de marina preguntaba en alta voz por el nombre del jefe que mandaba nuestra tropa y al ver su insistencia díjole al sargento primero de la compañía que le diese mi nombre contestando este que era el teniente del Canto. El oficial español sacó una libreta y apuntó el nombre, retirándose en seguida a su buque con toda tranquilidad. Yo hice que una clase, con alguna tropa, recogiese los víveres que habían adquirido los españoles y empecé el regreso para dar cuenta a mi jefe de todo lo ocurrido.

Recuerda en seguida el General su regreso a Angol y la iniciación, nuevamente, de

la campaña en la Araucanía contra los indios, campaña inhumana y ruda, llena de sobresaltos y de peligros. Con dolorosa tristeza evoca el General los días en que partían al interior de las selvas y de los reducidos indígenas, mientras sus jefes les daban fósforos a soldados y oficiales obligándoles a prender fuego a las rucas de los indios, a los bosques seculares, a desvastar todas las sementeras.

—Más de una vez—nos dice el General—ante aquella crueldad e injusticia inaudita, estuve tentado a pasarme al lado de los araucanos y hacerme solidario con ellos en su defensa de la tierra y de sus derechos, que nosotros les íbamos a arrebatár.

Luego nos dice el General cómo se formó una verdadera asociación de corresponsales para enviar continuamente artículos sobre la campaña a la prensa de Santiago y Valparaíso. Recuerda que don Manuel Bunster estaba encargado de las correspondencias de "El Ferrocarril"; don Ambrosio Letelier, de "La República"; don Tirso Rodríguez, hermano de don Zorobabel, de "El Independiente"; y él de "La Patria" de Valparaíso.

Transcurre un instante y, entristecido ante el peso de un recuerdo demasiado triste, piensa un momento el General y, luego, comienza a recordar una escena de duelo, de sangre, que lleva siempre presente y originada por un impulso nunca bastante lamentado. Iban en expedición de exterminio en huequen acompañados por numerosos amigos cuando, en medio de un bosquezuelo, asomó a lo lejos un indio. Conociendo su buena puntería ellos instaron al General para que le disparase al fugitivo y él les aseguró que tan pronto mirase hacia atrás le acertaría el balazo en medio de la frente. Antes de pocos segundos el indio que huía volteó el rostro y el General, echándose el rifle a la cara puso el ojo y la bala en medio de la frente del infortunado. Cayó muerto instantáneamente el indio y todos corrieron a verlo. Cual no sería la sorpresa al ver que salían mujeres de todas las rucas llorando y arrancándose los cabellos: el General había muerto al cacique Huechun.

Un artículo violento escrito por el General y publicado en "La Patria", demasiado crudo y un tanto personal contra el General don José Manuel Pinto, jefe de la expedición, motivó el traslado del batallón en que formaba parte, a la baja frontera, con el objeto de fundar Lebu y Cañete.

En Cañete se le confió la delimitación del pueblo y el reparto de los sitios y más tarde fué nombrado primer gobernador de ese departamento.

—Desde allí—recuerda el General—expedicionamos con el séptimo de línea al interior de la Araucanía para fundar los fuertes de Contulmo y Purén y el pueblo de Lumaco. Esta división, que se componía del séptimo de línea y de 100 hombres de caballería cívica y una compañía de artillería, se internó, teniendo un combate, a la orilla

del río Colpi y en la noche acampó en Huillihue, pero allí se presentaron gruesos grupos de indios que amenazaban atacar la división, pero demoraron hasta el día siguiente. En la tarde, hora en que llovía torrencialmente, los indígenas se dispusieron a asaltar la división porque un machi había pronosticado la lluvia asegurando que ésta mojaría todo la pólvora de los huincas y entonces serían vencidos. Efectivamente, en la noche del 24 de Diciembre ejecutaron el ataque en pleno temporal deshecho; pero viéndolo yo, que era el ayudante de mi jefe comandante Arriagada, que éste nada disponía me acerqué al mayor don Mauricio Muñoz, quien con dos compañías repelía a los indios por el mismo camino donde habíamos llegado; al capitán Novoa, que estaba acampado en la parte sur de la posición, fui a ordenarle que pusiese sus piezas horizontales y rompiese el fuego, y al teniente don Guillermo Hallen, que estaba de avanzada, le llevé refuerzo de veinte hombres para que atacase por el lado del oriente. El resultado fué que, después de una hora de combate, quedaron muchos indios muertos y se retiraron. Poco después quisieron lancear a la machi porque los había engañado, pero ella se defendió diciendo que su chao no le había dicho que los huincas traían sombrerito para los fusiles (los fulminantes) y que debido a eso era que no se les había mojado la pólvora. Al día siguiente, 25 de Diciembre, día de Pascua, tuvimos que retirarnos y volver a la baja frontera no sin tener el serio inconveniente del crecimiento de los ríos, esteros y quebradas, que habían tomado mucha agua y de las cuales había que pasar algunos casi a nado.

—General—le interrumpimos—¿no recuerda de esa campaña a la Araucanía algún episodio singular de algún oficial o de algún soldado?

—Sí—nos dice él—no olvidaré jamás uno brillante que usted va a oír en seguida. Movilizados otra vez a la alta frontera para seguir en la construcción de la línea del Malleco, ocurrió el hecho de que en una expedición habiendo los indios hecho corta de árboles en las quebradas, causaron el espanto de una compañía del regimiento de cazadores cuyos caballos se desparramaron a los cuatro vientos dejando a pie a los ginetes. El cabo Montañares, famoso por sus fuerzas hercúleas y por su arrojo, se había quedado atrás cuando de un abra del bosque le sale un indio a caballo, lanza en ristre, atacándole denodadamente. Montañares deja su montura en tierra, saca su sable y espera al indio; haciendo el quite de la lanza, le da tal golpe en la cabeza al indio que se la partió en dos instantáneamente. Con toda calma quita al caballo la montura del indio, pone la suya y montado en él se dirige al galope al grupo de sus compañeros, que lo esperaban observando el combate singular. Cuando llegó les dijo sonriendo: "¿Se fijaron, compañeros, en lo arriezionado que era el indio?"



En la Araucanía permaneció catorce años el General, durante los cuales combatió con los indios en los siguientes puntos: Huequen, Pudima, Cerro Verde, Colti y Huiñihue.

•

Muchas carillas podrían llenarse con la menudencia de centenares de hechos y de recuerdos interesantes que brotan de la charla del General. Interesantes horas vivió él de regreso a Santiago; luego estuvo cerca de un año de gobernador en Cañete, más tarde en Lebu compartió sus tareas militares con labores periodísticas, fundando "El Araucano" para defender la autoridad del Intendente don Hermógenes Pérez de Arce. El ardor de las luchas políticas, siendo gobernador de Cañete, con motivo de la elección de nuevo Presidente de la República, hizo que sus adversarios lograran reemplazarlo destinándolo a la Comandancia General de Armas de Llanquihue. En dos ocasiones le ofrecieron la diputación por Cañete, firmando una escritura la mayoría de los electores, ofrecimiento que rehusó porque durante su vida militar no quiso jamás mezclarse en política y si aceptó la gobernación de Cañete fué por deferencia al Presidente don Federico Errázuriz Zañartu.

Estando en Llanquihue le sorprendió la declaración de la guerra del Pacífico. Hubo un decreto supremo que ordenaba que regresaran a Santiago todos los jefes y oficiales que estaban fuera de las filas en la asamblea instructora. Pero, llegado a la capital, se había acordado que el General se trasladara a Talca a fin de instruir dos compañías, cosa que era absurda e incompatible con su graduación de teniente coronel. Entonces se le nombró segundo jefe del batallón cívico de Artillería Naval, que mandaba don Martiniano Urriola. Sabieron a campaña a mediados de Mayo.

El General nos observa un instante. Nosotros le preguntamos:

—¿Cuál fué, General, la primera acción de guerra en la cual se encontró usted en la campaña del 79?

Con precisión absoluta en sus recuerdos él nos replica inmediatamente:

—La instrucción del ejército se hizo en Antofagasta y los primeros combates tuvieron lugar allí mismo durante los dos bombardeos que hizo el monitor "Huáscar". Después siguió el desembarco de Pisagua y luego la batalla de San Francisco con todo el grueso de las tropas del Perú y Bolivia. En Enero de 1880 el ejército chileno expedicionó al Norte, desembarcando en el puerto de Paochoa y marchando inmediatamente una división a cargo del General Baquedano para tomar a Moquegua, en donde tuvo lugar el asalto y toma de las formidables posiciones de Los Angeles el 19 de Marzo. Las otras tres divisiones marchaban al sur

en busca del enemigo, y como la primera división se había internado sola hasta Locumba, se dió orden para que la segunda división, que estaba en Moquegua, a marcha forzada se uniese a la primera, siendo de notar que las 18 leguas que separan a Moquegua de Locumba las hizo la división en sólo quince horas sin detenerse más que una hora en Jahue para almorzar. Las cuatro divisiones se reunieron en Bella Vista a la orilla del río Sama. El día 22 de Mayo se hizo un reconocimiento y tres días después estaba nuestro ejército frente al enemigo y el 26 tuvo lugar la batalla en el



El célebre estandarte del 2.º de Línea que muestra 21 agujeros de balas y es seguramente el trazo más glorioso de cuantos cuerpos pelearon el 79.

campo de la Alianza. Vencido el enemigo nos posesionamos de Taena y el 7 de Junio se tomó el Morro de Arica y posesión del puerto. A este último combate no pude asistir porque de 650 hombres que tenía el regimiento segundo de línea de mi mando, sólo me quedaban poco más de 250 por las bajas que había experimentado en la batalla de Taena. Pedí al General en jefe que me permitiese acompañarlo a la toma del Morro, pero no quiso acceder contestándome solamente que donde estaba la Corte debía estar el Rey. Poco después, en los primeros días de Diciembre, del mismo año de 1880, se embarcó el ejército para principiar la segunda campaña con dirección a Lima. Desembarcamos en Paracas, caleta que está cerca del puerto de Pisco y días más tarde

poníase en movimiento el ejército tocándole a la primera división, a que pertenecía mi regimiento el 2.º de línea, hacer la marcha por tierra hasta Lurin teniendo en el trayecto dos combates en Valle Bajo y Mala. En aquel paraje se hizo entrega de la bandera del regimiento de mi mando, que había sido perdida en Tarapacá el 27 de Noviembre del año anterior. El ceremonial fué imponente y conmovedor porque antes tuvo lugar una misa de campana para bendecir nuevamente la bandera, y a la que concurrieron todo el regimiento 2.º de línea compuesto de 950 plazas y delegaciones armadas de los diferentes regimientos del ejército, al mando de un oficial. El capellán don Esteban Vivanco, antes de entregar al General la bandera, pronunció una conmovedora alocución. El General Baquedano, tomando la bandera, me hizo entrega de ella en nombre del Supremo Gobierno de Chile, como que era la insignia de la patria, haciéndome responsable de ella en unión del regimiento de mi mando. Le contesté que si desaparecía en el campo de batalla, hiciese remover el hacinamiento más grande de cadáveres del 2.º de línea y allí la encontraría. Los padrinos en esta ceremonia eran: don Manuel Baquedano con la señora Eulogia Echaurren de Errázuriz; el coronel don Pedro Lagos con su esposa la señora Juana Lagos; don Federico Varela con la señora Juana Ross de Edwards; don Benjamín Vicuña Mackenna con la señora Victoria Subercaseaux, su esposa. Después de la entrega de la bandera hablaron don Eulogio Altamirano, en representación de la señora Ross de Edwards y don Máximo Lira a nombre de la señora Eulogia Echaurren.

—¿Inmediatamente comenzaron las operaciones contra el ejército peruano?

—El día 11 de Enero de 1881 desertaron con el General en jefe los jefes superiores sobre el plan de ataque a las posiciones de Chorrillos, pero prevaleció la opinión del General en jefe y al día siguiente 12, el General Baquedano reunió a todos los jefes de división para encomendarles el papel que deberían desempeñar en la batalla. Puestos en movimiento a las 12 de la noche de ese mismo día, al aclarar del día 13 se rompieron los fuegos y tuvo lugar la batalla más sangrienta y de más larga duración de la guerra del Pacífico. Vencido el enemigo se tomó posesión de Chorrillos y el ejército descansó solamente el día 14 porque el 15 el enemigo rompió el armisticio inopinadamente haciendo fuego sobre nuestro General en jefe, que recorría las posiciones de la línea chilena, causa precisa de la batalla de Miraflores, batalla que nos abrió las puertas de Lima y cuya ciudad se ocupó el

—¿Cuál fué la conducta de su regimiento en las grandes batallas; en Chorrillos y Miraflores?

Con orgullo, noble orgullo, el general nos dice:

—El regimiento de mi mando, después de la hecatombe de Tarapacá y de haber sido

cegado en la batalla de Taena, combatió en Chorrillos y Miraflores con sorprendente valor y energía y por cuya causa sólo formaban en la fila poco más de seiscientos hombres de los 950 con que entró en acción, de tal manera que durante la guerra del Pacífico formaba la lista de las bajas un número de más de tres mil hombres, no superándole las que habían tenido reunidos los regimientos Buin, 3.º, 4.º y 5.º de línea en un número mayor de 40 hombres. El regimiento 2.º de línea se depuró tanto con el sistema que adopté de no permitir que el ocio diese margen al vicio, porque cuando veía que en la guarnición aparecían algunos ebrios esto bastaba para que ordenase que la instrucción principiase inmediatamente después de diana hasta las once de la mañana. A las 12 el rancho y a la 1 principiaba otra vez la instrucción hasta la entrada del sol, de manera que el exceso de trabajo causaba al individuo y no tenía lugar de pensar en vicios. El cuerpo de oficiales era de 48 contando los tres jefes, los dos cirujanos y dos practicantes y tenía la particularidad de que el capitán de mayor edad no tenía 26 años y los oficiales subalternos eran todos muy jovencitos con la única excepción de un teniente, José Liborio García, que tenía cerca de 50 años y que lo conservaba en el regimiento porque era modelo de bravura y de exactitud en el cumplimiento de sus deberes. Por lo que respecta a la tropa puedo decirle que desde el combate de Los Angeles, primero en que me encontré con el 2.º de línea, arrancó la idea de dar oído al reclamo de las clases, que inmediatamente después de una acción se acercaban a los respectivos capitanes pidiéndoles que a los individuos tales o cuales consiguiese hacerlos pasar a otros cuerpos o licenciarlos porque en la acción se ponían amarillos, de aspecto cadavérico y aún les daban fatigas y otros accidentes más explicables. Esta costumbre se hizo más tarde general y es por eso que el regimiento 2.º de línea era intrépido, sufrido para las marchas y de carácter alegre.

Nos refiere en seguida el General algunos hechos menudos acaecidos en la campaña; recuerda los primeros días de la ocupación de Lima y, cuando nosotros le preguntamos, evocando sus recuerdos de esos días, sobre la conducta de nuestros soldados en la capital del Rimac, la de los residentes en ella, la de los extranjeros, él nos responde:

—Respecto a los sucesos que pude notar en Lima, sólo me acuerdo de que realmente algunas negras, cuando entraba la tropa formada a bandera desplegada y tambor batiente, llamaba la atención que decían con cierta gracia: “¿Cómo decían, pues, que iba a haber forcejeo, pues?” Por lo demás, mi regimiento que era resistente fué comisionado para marchar al Callao por la carretera a fin de apaciguar a los negros, chinos e italianos, que reñían en medio de un horrible saqueo. El trayecto lo ejecutó el regimiento en hora y cuarto haciéndolo trotar quinientos metros y





La entrega del estandarte del 2.º de Línea al comandante del Canto, cuando fué recuperado después de la batalla de Tacna.

a paso largo y sostenido otros quinientos; así alternativamente. Con la llegada del regimiento se dispersaron los negros y sólo se oía el reclamo de los chinos e italianos, lo que probaba que la gente de color era la causante del desorden. Pasó algún tiempo sin que hubiese autoridad constituida con quien negociar la paz hasta que el Gobierno de Chile hubo de formar una entidad con quien poder tratarla, nombrándose Presidente del Perú al señor García Calderón.

—Ahora — le interrumpimos — tócanos, General, preguntarle sobre sus recuerdos de la parte para Ud. más brillante de la guerra: la campaña de las sierras.

—Se levantaron montoneras—nos dice él— en los alrededores de Lima y muy a menudo caían soldados chilenos bajo el impulso del sable o de la bala, sin que el Gobierno del Perú, que residía en la Magdalena, se preocupase en poner atajo a tales desmanes; antes, por el contrario, se susurraba que daba protección a los montoneros. Esto y otras cuestiones de alta política obligaron al General Lynch a emprender la obra de desarmar a los mil quinientos a tres mil hombres que tenía el Gobierno de la Magdalena, comisión que me encomendó el General y que cumplí efectivamente, no sin que concurriesen actos sugestivos y aun ridículos, porque

siendo yo el jefe de las fuerzas chilenas, el Ministro de la Guerra peruano me exigió que lo redujese a prisión conjuntamente con sus jefes y oficiales; pero, excusándome yo de que no tenía orden para ello ni era propio hacerlo y debido a la tenaz exigencia, díjele que para ponerlo preso tendría yo que constituirme reo con ellos; y como sus cabezas no estaban serenas por haber estado de fiestas esa noche, aceptó la idea el señor Ministro Recabarren. Entonces hice llamar al comandante Zaldivar, del 4.º de línea y le pedí que en la casa donde estábamos pudiese un centinela en la puerta y me constituyese a mí reo en unión de todos los peruanos. Hízolo así el comandante, pero en voz baja le observé que había tren listo para llevar las armas de los peruanos a Lima; que fuese activo en recogerlas mientras permanecía encerrado con el Ministro, jefes y oficiales peruanos. Como he dicho la cabeza de los peruanos no estaba tranquila, y trasnochados, luego se quedaron dormidos como pudieron y yo paseándome en el pasadizo de la casa permanecí durante más de dos horas, tiempo más que suficiente para que el comandante Zaldivar hiciese recoger las armas, municiones y pertrechos de guerra y enviarlos a Lima. Cuando hubo despertado el Ministro Recabarren, le interrogué para

que me dijese qué deberíamos hacer en nuestra prisión; entonces, ya con la cabeza despejada, me dijo: "Señor, he sido un torpe al aceptarle quedar en prisión en su compañía. Disponga, señor, que quiten la guardia y que quedemos en libertad pues yo también necesito de ella para arreglar ciertos asuntos." En resumen, quedó desarmado el ejército de la Magdalena, recogidos todos los pertrechos y yo regresé con mi regimiento a su respectivo cuartel y ordené también que lo hiciese el Buin y el 4.º de línea que unos habían acompañado en la maniobra.

Sin denotar la más leve fatiga, el General nos dice recordando esos días:

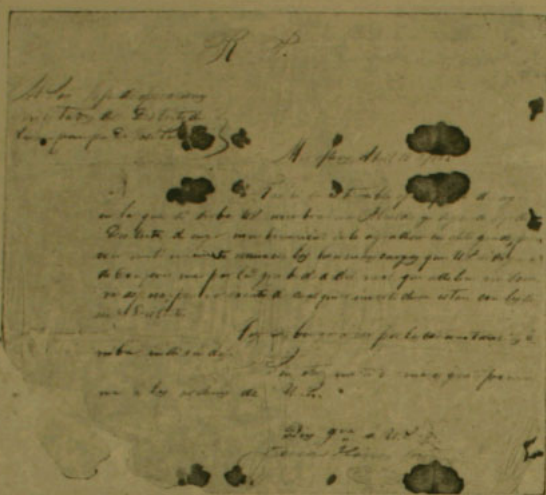
—Ahora vamos a tratar de la campaña en las sierras, en la que encontraremos cosas muy interesantes.

Sólo alcanzamos a decirle:

—Somos todo oídos, General.

Y él nos habla:

—Como siempre pululaban en los alrededores las montoneras y se hallase establecido en la quebrada de Chosica un número de fuerzas crecidas bajo las órdenes del General Cáceres, resolvió el General don Patricio Lynch hacerlas dispersar y para lo cual tomó el mando de una división y le dió el mando de otra al jefe de Estado Mayor, coronel don José Franciso Gana. Proyectaban un movimiento envolvente pero Cáceres se retiró al interior y las divisiones chilenas se juntaron arriba, en la última estación de la línea férrea, en Chila. El General Lynch siguió tras de Cáceres un día más y tuvo que regresar a Lima por exigirlo así las atenciones del mando. El coronel Gana siguió también la persecución del enemigo pero resultaba que no podíamos darle alcance porque el astuto Cáceres, por medio de espías, se movía al mismo tiempo que la división chilena. En Tania el coronel Gana declinó el mando de la división en mí para regresar a Lima; entonces yo mandé una descubierta tras del enemigo e hice marcha extraordinaria para acercarme a él. De esta suerte le di alcance en el pueblo de Pucará. El día 7 de Marzo y después de un triple combate se fugó el enemigo, que era aproximadamente de cerca de dos mil infantes, y yo le inicié combate con 620 hombres del 2.º, cuatro piezas de artillería de montaña y 75 carabineros; pero lo hice con la seguridad de que detrás de mí seguía el regimiento Lautaro, como que, efectivamente, dos compañías de ese regimiento auxiliaron al 2.º en el triple combate. Ya, con ese combate, quedamos dueños de la mayor parte de las sierras del Perú y distribuí las tropas de la manera siguiente: el 3.º de línea en Cerro Pas-



Facsimil de una carta encontrada en poder de uno de los curas peruanos muertos en una sublevación en las sierras. Muestra el papel las manchas de sangre, con que fué encontrado en uno de los cadáveres.

co; el Chacabuco en Oroya, Talma, Jauja y Concepción, quedando en Guancayo una compañía con la plana mayor; el Lautaro y el 2.º de línea quedaron en Guancayo; el Santiago en Mareavalle, Cucará y Chupaca, teniendo el Lautaro una compañía en Nahuelpuquiu, cerca del puente de Chuchaca. La caballería tenía el mayor número en Nahuelpuquiu y grupos de cuatro y ocho soldados en los distintos pueblos para que sirviesen de aviso. La artillería tenía su cuartel en Guancayo, que era la plaza donde residía la comandancia en jefe. Durante el tiempo que permaneció la división chilena ocupando esta línea se sublevaron algunos pueblos de la ribera derecha del Oroya, río caudaloso y ancho que sólo tenía cinco puentes colgantes para las comunicaciones: uno en la Oroya, otro en Jauja, otros en Concepción, Mejorada y Chupaca. Con la sublevación se cortaron los puentes de Concepción, Mejorada y Chupaca y hubo necesidad de rehabilitar el de Mejorada para ir a pacificar los pueblos de la otra banda.

Durante esta campaña en las sierras libraron las tropas chilenas crudos y frecuentes combates contra los montoneros y ejércitos organizados del General Cáceres. En 1882, por ejemplo, tuvieron los regimientos que mandaba el coronel del Canto, según el testimonio de uno de sus biógrafos, los siguientes encuentros: en Comas, en Pasos, en Acostambo, en Nahuelpuquiu, en Huari-



pampa, en Chombos, en Mejorada, en Chupaca, en Muque, en Muquillanyo, en Sínco, en Marcavalle en la Oroya, en Chacapalpa, en La Concepción, en Tarma Tambo y en los cerros de San Juan de la Cruz.

Pero, a pesar del interés que tienen todas estas luchas heroicas, nuestra curiosidad desea inquirir cuanto hay de verdad en un incidente que cierto cronista ha tratado de paso y en el cual le toca la parte principal al General del Canto. Cuando las tropas chilenas peleaban en las sierras diz que hubo un grupo de heroicas mujeres peruanas que se dispusieron a rendir en cárcel de amor a los jefes chilenos que parecían invulnerables a las armas; de esta manera podrían estar a cabo de todos los movimientos e intenciones de las fuerzas chilenas y tener facilidades para comunicar dichas noticias al General Cáceres. ¿Verdad que de ser cierta la historia no carecía del más vivo interés?

Pues bien, el General nos confirma su autenticidad cuando nosotros le preguntamos:

—General, alguien ha dicho y en el decir ha puesto fina malicia, que un grupo de damas peruanas enredaron a algunos de los jefes chilenos en sus amorosas redes, procurando con esto poder comunicar a Cáceres todos los movimientos de las tropas nuestras. ¿Hay algo de verdad en ello?

Se sonrió maliciosamente el General y nos responde con firmeza:

—Ciertamente: Un hecho por demás interesante y revelador del alto grado de patriotismo de la mujer peruana es el que durante la ocupación de las sierras por las fuerzas chilenas, se confabulase una docena de damas limeñas, que habían quedado huérfanas o viudas sin amparo, par ir a sacrificarse y consentir en aceptar el amor de los jefes chilenos con el premeditado objeto, de que, una vez conseguido el fin que se proponían, darían aviso al jefe de las montoneras peruanas, General Cáceres, para que sorprendiese los diferentes destacamentos que cubría la división chilena. Para tener una voz a quien obedecer durante la peligrosa empresa invitaron a una señora que se creía había quedado viuda de uno de los Generales y que era hija de uno de los poetas más reputados del Perú. Esta persona dióles primero que eso era una locura y que se fijasen en que iban a perder en absoluto su rol social. Arguyéronle uniformemente que todo se podía hacer por la patria y que las consideraciones contrarias eran superfluas. Convencida la señora, aceptó la idea pero a condición de que le cediesen al jefe de las fuerzas. Arreglado todo emprendieron la excursión y con toda habilidad fueron distribuyéndose en los destacamentos de Oroya, Talma, Jauja, Concepción y Pucará. Llegando siete de ellas a Huancayo conjuntamente con la directora del grupo. Esta señora, tan pronto hubo llegado me dirigió una tarjeta diciéndome que había llegado a veranear con su familia pero que, desgraciadamente,

la casa de su propiedad estaba ocupada con las provisiones del ejército; que ella podía proporcionar otra de mejores condiciones para el caso y que si el comandante general de las fuerzas se condoliere de su situación tuviera la bondad de aceptar el cambio.

Brusca e inesperadamente interrumpimos al General a fin de formular una pregunta un tanto indiscreta:

—General—le decimos—a pesar de lo frívolo de la pregunta que vamos a hacerle, quiera excusarnos: esa dama limeña, que nosotros presentimos de enormes y rasgados ojos negros; de fina boca sensual; de ardiente locuacidad, ¿era bonita? ¿era perversamente peligrosa? Excuse la curiosidad y sáquenos de ella, General.

El se sonrió ahora con mucha malicia y nos replica:

—Si yo no la ví casi nunca; pero era muy hermosa, muy hermosa...

—¡Ah!

—Pero... continuemos... Comisioné a uno de mis ayudantes para que hiciese las investigaciones y que se pusiera de acuerdo con el proveedor de la división para que aceptasen el cambio si era conveniente. El cambio se hizo y algunos días después la señora directora de las damas me envió una hermosa torta de dulce con una elegante tarjeta, pero tuve recelos de ese obsequio y lo endosé al sargento que corría con el rancho de los jefes diciéndole que ese obsequio me lo había enviado una señora peruana a quien no conocía, que podían comérselo, pero que antes le diesen a las aves o animales que había en la casa algunos pedazos de esa torta para comprobar que no contenía materias nocivas. Hízolo así el sargento, se comieron la torta y me dió cuenta de que estaba exquisita. A la semana siguiente la señora obsequiadora me mandó un lindo ramo de flores, que llevaba en el centro una misiva doblada artísticamente y que contenía algunas estrofas, escritas con linda letra y que decía lo siguiente: "Se conoce que habéis nacido al pie de las elevadas, abruptas y majestuosas cordilleras de los Andes, por eso tenéis el corazón tan frío, y también sois gemelo del ave más hermosa que hay en el orbe, pero que tiene agudas garras y formidable pico para poder destroz ar el corazón de una inocente: el cóndor." El bouquet y los versos no me causaron frío ni calor porque ya sabía de antemano cuál era el propósito de la dama; lo sabía por haberme invitado mi primo Enrique del Canto a que concurriese a la casa de la señora N. N. en donde noche a noche se reunían todos los jefes chilenos en amena tertulia y que había recibido de los concurrentes encargo especial para convidarme. Jamás acepté tal invitación y también recuerdo que de sobremesa algunos de los jefes me hacían la broma de que frente a la casa donde estaba la comandancia pasaba diariamente una señora elegante y de aspecto atrayente. A tanta broma yo con-

testé un día, con toda seriedad: "Conozco, más o menos, la historia de San Antonio de Padua y como él puedo decirles que tampoco podrán hacer mis compañeros que yo caiga en tentación, pues tengo delante de mí a la esfinje de mi patria y nadie puede igualarla en hermosura; estoy enamorado de ella y eso me basta."

General—respondemos nosotros.—Es usted un héroe de voluntad de hierro y, como ella se lo decía, tiene en verdad el corazón de hielo. ¿Qué habríamos hecho alguno de nosotros, débiles pecadores, ante un peligro semejante? ¿Cuántos seríamos los humanos mortales que pudiéramos someternos a la heroica hazaña de Antonio el santo, en el desierto?

Un reloj ha golpeado las once. La hora avanza. Evitando pueriles rodeos, le preguntamos al General:

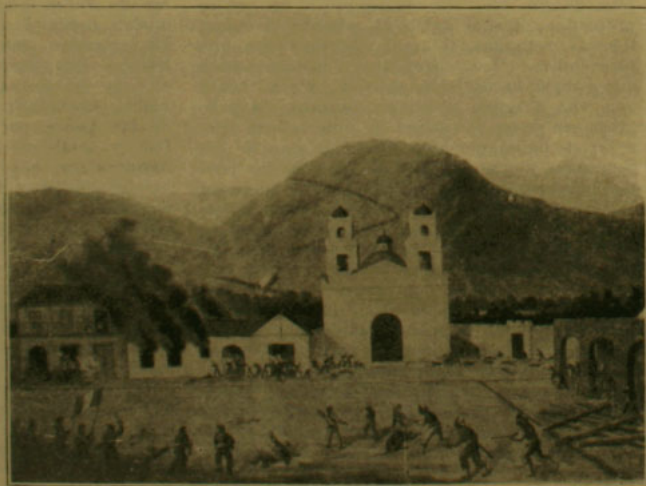
—¿Qué anécdota o episodio curioso recuerda de aquellos días?

Y él nos responde inmediatamente:

—Oiga usted algo curioso e interesante. En el mes de Abril de 1882 recibí una tarjeta del Ilmo. señor Obispo de Huanuco y Arzobispo in partibus de Bérigo que no tenía más que la fecha, sin expresar el lugar de procedencia; y en ella me decía que deseaba proporcionarse la ocasión y el medio de poder tener una conferencia. Con el mismo propio le contesté poniéndole al pie de su nombre la palabra Ocopa, para demostrarle que sabía se encontraba en el convento de los padres españoles y a la vez le comunicaba que el próximo domingo me permitiría ir al convento de Ocopa para tener el gusto de saludarle. Efectivamente, el día indicado me dirigí a Ocopa, distante de Huancayo veinticinco kilómetros. Llegado que hube a la puerta del convento llamé y al que se me presentó le dije comunicase al señor Arzobispo que el coronel Canto se encontraba a las puertas del convento. Como tardasen en abrir la puerta tuve la intención de subir a mi caballo y regresar a mi campamento, pero en ese momento se abrió la puerta y noté en el fondo de un largo corredor avanzaba el señor Arzobispo, seguido de seis u ocho familiares.

Cuando hubo llegado a diez pasos del sitio donde yo estaba se detuvo y alzando el tallo, con voz golpeada, me dijo: "Dos amigos chilenos he tenido yo, José Manuel Orrego y Francisco de Paula

Taforó, ambos muy ilustrados, excelentes oradores y eximios canonistas; pero, tenían el defecto de que al tiempo de dar el abrazo, clavaban la daga por la espalda. No sé si el que tengo presente, chileno como es, tenga el mismo defecto de aquellos." Tuve yo intención de lanzarle dos o tres imprecaciones de las más burdas de mi país, girar sobre los talones y darle vuelta la espalda; pero pude dominar mis nervios y con voz muy suave, al principio, y que fui alzando poco a poco, le contesté: "Ilustrísimo señor; no debéis juzgarme por el burdo traje de campaña que me cubre porque debéis tener entendido que desde pequeño he sido aplicado al estudio y que conozco perfectamente la historia de los Papas y de los Reyes, y si recordase lo que fueron los príncipes de la iglesia que se llamaron Pablo tercero, Sixto cuarto, y Alejandro Sexto, que bien debéis conocer, no sabría qué calificativo darle a un pobre obispo de Huanuco, que se encuentra secuestrado en un miserable convento de las sierras del Perú." El señor Arzobispo corrió a abrazarme y me dijo: "¿Te has enojado, huasito?" "Nó, Ilustrísimo, señor; solamente contesto a la manera y forma como me habéis recibido." Y a continuación me llevó a sus habitaciones y me agasajó ofreciéndome ricos licores, muy buenos dulces y excelente café. La conferencia no tuvo otro móvil que pedirme el rebaje de las cuotas que le había impuesto el mismo alcalde peruano doctor Giraldi, pues yo había tomado la medida de hacer que el alcalde de la localidad fuese quien impusiese las contribuciones para no incurrir en arbitrariedades. Me negué redondamente a alterar lo establecido y entonces el Ilustrísimo señor Arzobispo tuvo la mala idea de hacer que los párrocos de su de-



El combate de La Concepción, según un dibujo de la época.



pendencia sublevasen las comunidades de los indios y fuesen hostiles a la división chilena. Es por esto que tuvieron lugar tantos combates en que se inmolaba inutilmente tanta gente hasta el extremo de caer en la contienda dos de sus párrocos.

Pensamos tristemente en este episodio que comenzó de un modo grotesco y se terminó en una nota trágica. Aquí, en nuestras manos tenemos un papel que nos alarga el General. Es un papel cualquiera, escrito con letra menuda y cubierto de ennegrecidas manchas de sangre. El nos refiere que lo encontró en poder de uno de esos sacerdotes que cayeron en la refriega; estaba muerto cuando se lo arrancó de sus manos ensangrentadas y aún conserva el horror de las huellas de su sangre.

Trascurre un instante. Sólo la campanita metálica de los tranvías y el áspero ruido de un lejano cierre corredizo viene a romper el silencio.

De pronto le decimos al General: —

—¿Cómo se produjo el ataque y la sorpresa de La Concepción?

Cual si volviese del lejano reino del recuerdo, inesperadamente, el General se pone en contacto con la realidad y nos dice:

—Con motivo de una conferencia que tuve en Lima con el General Lynch a causa de que no me proporcionaban los recursos para atender a cerca de 500 enfermos que tenía en los hospitales, le rogué encarecidamente me relevase al 2.º de línea, cuerpo que había trabajado en la campaña extraordinariamente. Como el señor General me observase que había hecho lo mismo que los demás le pedí que me permitiese hacerle venir los estados de las bajas del ejército y que, sacando un cómputo llegaría a la evidencia. Me dirigí al jefe de Estado Mayor y le dije que el General necesitaba los estados de las bajas que en la campaña había tenido el ejército. El mismo General anotó las bajas de muertos y heridos del Buin agregándole las del 3.º de línea; y como todavía le dijese que eran mayores las del 2.º agregó las del 4.º de línea, y como todavía superaban unió las del 5.º, resultando en favor de los 4 regimientos un superávit de 30 a 40 individuos, ya que el 2.º de línea solo daba un total de más de tres mil bajas. En vista de este hecho el General me dió la orden reservada de que reconcentrase la larga línea que mantenía en las sierras y me viniese con el regimiento de mi mando dejando a cargo de la división al jefe de mayor graduación. Al día siguiente emprendí mi viaje al interior del Perú; pero, cuando llegué a la terminación de la línea férrea, recibí un telegrama del jefe de Estado Mayor en que me ordenaba apurar mi marcha y regresar con el 2.º de línea. Este telegrama, como se comprenderá, fué la voz de alarma para todos los lugares de las sierras y se hizo pública la orden reservada, ya que el ferrocarril tenía a todos los telegrafistas que eran peruanos; y cuando llegué a Guancayo todo

el mundo me felicitaba por el regreso del destacamento a Lima. Se comprenderá también la actividad que gastaría la comunidad de las damas peruanas que se habían introducido en el ejército, comprobando esto el hecho de que el 2 de junio se presentasen las fuerzas peruanas venidas desde Ayacucho y me atacasen a la vez los destacamentos de Marcavalle de la izquierda, Concepción al centro y el puente de la Oroya a la derecha. El primer ataque que recibí fué que me habían atacado el puesto avanzado de Marcavalle y que habían muerto ya los dos oficiales y 18 individuos de tropa. Es de advertir que yo había dado la orden de concentración para el día 8, día en que se puso en marcha el Chacabuco llevándose todos los enfermos que tenía en el hospital y que ese día alojé en San Jerónimo, a medio camino entre Guancayo y La Concepción; pero el comandante desprendió una compañía para que fuese a reforzar el destacamento de Concepción y su capitán se detuvo como veinte cuadras de esa población desde donde se sentía el tiroteo de la compañía del capitán Ignacio Carrera; y a pesar de que las clases y soldados vociferaban que en la Concepción se combatía, el capitán tuvo la cachaza de no moverse sino hasta el día siguiente; y al llegar sólo encontraron el lúgubre cuadro de haber sucumbido los 72 hombres y cuatro oficiales de que se componía el destacamento, no sin que entrase primero que él una compañía del Lautaro mandada por el capitán Correa.

—General, General,—le interrumpimos nosotros.—El nombre de ese capitán corresponde a la memoria de algún muerto que es menester respetar o al nombre de algún vivo que acaso haya que temer?

Y él, benévolutamente, sólo atina a respondernos con absoluta serenidad:

—Prosigamos, hay cosas que por dignidad no deben tocarse. La alarma que me causó la sorpresa que dieron los enemigos en Marcavalle me obligó a mandar en el acto refuerzos, y al efecto llamé al jefe del Lautaro y sucesivamente a los demás jefes, pero ninguno aparecía ni se sabía donde se encontraban, de suerte que me ví en la necesidad de hacer salir dos compañías del 2.º de línea en dirección al lugar amagado, ordenando ensillar mi caballo y seguir detrás de las compañías para que prestaran auxilio.

—¿Por qué razón no aparecían? ¿Acaso las dulces redes de las antedichas damas peruanas tenían parte en esta... improvisación... o desenido... o, no sabemos cómo tildarlo?

El General se sonrió y sus pupilas parecen asentir a nuestra interrogación. Luego continúa:

—El enemigo, a la vista del refuerzo, cedió en la contienda y se retiró precipitadamente. El comandante del regimiento a que pertenecía el destacamento de Marcavalle tenía orden de emprender la marcha en retirada; pero el enemigo fué bastante astuto

para sorprenderlo antes de ejecutar el movimiento. A pesar de ese descalabro volvió a ordenar que se ejecutase el movimiento de reconcentración y por lo cual el Lautaro, que ya iba en marcha, y habiéndose sabido que en Concepción se combatía, el jefe dispuso que una compañía, al trote, marchase a reforzar el destacamento y es por esto que llegó primero a la plaza de la Concepción la compañía del Lautaro al mando del capitán Carrera. Cuando yo llegué al pueblo de la Concepción me dirigí a la casa de don Fernando Valladares a donde me había alojado otras veces con mi amigo don Luis Milón Duarte, cuñado de dicho señor. El único que había en la casa era un sirviente

que le quedaba y sin tener ni un solo cartucho él defendió la entrada al recinto del cuartel; y cuando intentaban entrar los indios atacantes, armados de rejonas, el oficial salía con su tropa formada en tres filas y con la bayoneta calada los repelía energicamente. Varias tentativas se habían hecho para obligarlo a rendirse, incluso fuertes voces que le pedían lo hiciese para conservar su persona; pero Cruz, agregando imprecaciones estentóreas, les decía que los chilenos no se rendían jamás y exhortando a su tropa les ordenaba cargar sobre los grupos. A tal extremo llegó la exigencia de los espectadores para que se rindiese don Luis de la Cruz que idearon hacer llegar hasta la puerta del cuartel y conducida por una mujer, a la hija de un comerciante, muy bien parecida, joven, y a quien con todo cariño saludaba siempre el oficial de la Cruz. Se llevó a efecto el hecho y la niña rogó a Cruz que se rindiese porque para ella su vida le era preciosa; pero él, con rabia, exclamó: "Quiten de aquí esta mujer" y se refugió en el interior del cuartel. Entonces, viendo que el león no podía caer en la trampa y quedándole solamente cinco o seis hombres, concibieron el plan de hacer que un grupo de indios lo amagasen por el frente y colocaron ocultamente tropa con fusiles por uno y otro lado de las murallas del cuartel a fin de que, cuando saliese, tomasen la puerta. El resultado de esta estratagemata fué que Cruz cargó sobre el grupo de indios, mientras los soldados corrieron a la puerta cortándole la retirada, dirigiéndose algunos para disparar por la espalda, lo que se verificó cayendo el oficial y la mayor parte de los soldados, escapando sólo dos que se refugiaron en el atrio de la iglesia vecina, que estaba colindante con el cuartel y desde cuya torre se hacía fuego para el interior. Estos dos soldados, en un momento dado, y después de ponerse su barbigote y abrocharse su levita, se abrazaron dirigiéndose al grupo de los enemigos para hacerse matar, lo que sucedió disparándoles los peruanos a mansalva. Yo cometí la inadvertencia de no hacer conocer el nombre de estos dos héroes, que lo son realmente pues que su actitud no fué otra que la de hacerse matar despreciando las exigencias de rendición.



Teniente coronel graduado, segundo jefe de Navies en 1879

español, cuyo nombre no lo recuerdo, quien me dijo que la familia se había refugiado en Ocopa el día antes; y este español me relató todos los incidentes del combate, haciéndome salir al corredor de la casa para enseñarme la manera y forma como habían iniciado el combate los asaltantes. Cuando salí al corredor divisé en el cuartel que, en medio del humo, que salía de entre los escombros, flameaba nuestra bandera, y entonces ordené a mi ayudante, capitán Bysvinger, que me fuese a traer esa bandera y me la guardase cuidadosamente, la cual he conservado hasta hace tres años en que la obsequié a mi amigo Manuel José Correa para que la diese a la Municipalidad de Curicó y la izasen como un recuerdo de las glorias alcanzadas por el héroe subteniente Luis de la Cruz, que fué el último en sucumbir en la Concepción. Con la tropa

Revisa el General un alto de papeles que tiene cerca. Son sus memorias aún no terminadas. Urgando entre ellas refresca sus recuerdos y nos refiere detalladamente la historia de su regreso a Lima con su división.

—Ensoberbecido el enemigo—nos dice—por la destrucción del destacamento de la Concepción, seguía molestando la retirada de la división y lo más incómodo que había era el transporte de cerca de quinientos en-



fermos, que iban cien en camillas y el resto en burros. Sin embargo, cada vez que se acrecaban, se les daba una lección, principalmente a la llegada a Jauja que era término de la concentración, donde, en dos combates, Talmatambo y San Juan de la Cruz se les dió una batida que los dejó escarmentados. El General Cáceres tomó la medida de reunir cerca de diez mil indios y distribuyéndolos por mitad a cada lado de la quebrada que conduce de Talma a la Oroya y que tiene cerca de seis leguas dispuso que se hiciesen montones de piedras en las partes más empinadas; pues presumiendo que debiéramos emprender la retirada para Lima pretendía atacarnos con galgas peruanas. Tenía yo en cartera la orden del General Lynch para retirarme a Lima con toda la división, y cortar el puente de la Oroya, única vía de comunicación entre el litoral y las sierras; pero como era peligrosa la marcha atravesando las quebradas, y tanto más cuanto que el largo que ocupaba su fuerza era más de cinco kilómetros a causa de los enfermos, tomé la precaución de ocultar en absoluto la orden que tenía; hasta que en un día dado hice llamar al cirujano en jefe, don Agustín Gana Urzúa, para decirle que había visitado los hospitales de variolosos y tifoideos y no les había encontrado buena ubicación. El doctor me aseguró que se habían tomado todas las precauciones para establecerlos y que creía que estaban muy bien. Insistí en que deberían cambiarse; pero no estando de acuerdo, una hora más tarde, se me presenta con los ocho o diez cirujanos que tenía la división y uno de ellos tomó la palabra para disertar en pro de la colocación de los hospitales. Yo lo dejé hablar hasta que concluyó y entonces les pregunté si me reconocían por el jefe de la división y contestando todos afirmativamente dije: "Como jefe de la división ordeno terminantemente que los hospitales se cambien esta misma noche a las 12 en punto, no dejando absolutamente nada en cada edificio, y a la hora ordenada, personalmente designaré las colocaciones." Después de esto fui llamando paulatinamente a cada jefe de unidad y le prevenía muy en secreto que las fuerzas de su mando estuviesen listas para marchar a desempeñar una comisión que les sería agradable y honorífica; pero que no dijese nada de este secreto porque podía entrar la emulación entre los demás. Así se hizo y a las 12 en punto de la noche se sorprendieron los jefes cuando llegaron a la comandancia a recibir la orden de partir al desempeño de la comisión. Igualmente compareció el cirujano jefe a decirme que los hospitales estaban prontos para movilizarse. En seguida dispuse que el segundo de línea, tomando el camino de la Oroya, abriese las filas yendo cada una por las faldas de la quebrada y que el comandante llevaría cuatro carabineros como ordenanzas. Si el enemigo hacía algún movimiento no se le debía combatir más que a la bayoneta. Después del segundo de línea marcharía la

artillería, luego la columna de enfermos y a continuación los regimientos por su orden, quedándome yo para cubrir la retaguardia con la caballería. Esta marcha se hizo bajo la impresión de una gran nevada que principió desde que se emprendió la marcha, y no hubo otra novedad que la pérdida de diecisiete hombres que se helaron, siendo cuatro o cinco de los enfermos de camilla y el resto de los cargadores que se les quemaron los pies; y como eran esos cargadores gente reclutada entre los habitantes de la misma sierra, en el momento que se creían inutilizados se les dejaba en libertad para que volviessen a sus casas. A las ocho de la mañana ya habíamos cruzado el puente colgante de la Oroya y allí, en la caja del río, formé el campamento para esperar al tercero de línea y a algunos soldados de caballería que cubrían el destacamento de Cerro de Paseo. Veinticuatro horas hacía



Coronel, en 1891

que no tenía ninguna noticia del coronel Gutiérrez, jefe de aquel destacamento, hasta que me vi en la necesidad de enviar al teniente de carabineros, don Vicente Solar, para que me trajese noticias de aquella tropa. Escogió doce carabineros y se puso en marcha, previniéndole que en alguna parte tendría que pasar atropellando fuerzas del enemigo; pero que no hiciese uso de su carabina sino que sable en mano atropellase los centinelas enemigos. Efectivamente, en los llanos de Junín encontró tropa del enemigo y cuando se le dió el quien vive hizo desenvainar los sables y cargar decididamente. Pasó y no dejó tras de sí más que el espanto en los peruanos. Al día siguiente regresó por otro camino de la orilla del Oroya y me anunció que las tropas del coronel Gutiérrez venían por las cumbres para descender al pueblo de Saco. Reunida toda la división se me acercó el comandante del Chacabuco a fin de pedirme que un capitán de su regimiento había



El Gobierno constitucional: don Waldo Silva, don Jorge Montt, don Ramón Barros Luco.

obtenido nombramiento para ayudante de la Escuela Militar y que si le autorizaba para que partiese a Lima. Di la autorización y este capitán llevó al General en jefe el anuncio falso de que la división de mi mando se retiraba de una manera desastrosa como si fuese perseguida por el enemigo después de una derrota. Este anuncio obligó al General Lynch a hacer que el coronel don Martiniano Urriola marchase a Casapalca para tomar el mando de las fuerzas efectuando así mi deposición. En Casapalca presencié el coronel Urriola que lo primero que llevaba era una vanguardia de caballería, luego el Regimiento Lautaro en perfecto orden, en seguida la artillería y así los demás cuerpos y enfermos sin ningún desorden ni quebranto. Pregunté por mi contestándosele que cubría la retaguardia con la caballería. El señor coronel Urriola al ver la regularidad y orden con que llevaba la división telegrafió al General en jefe diciéndole que iba a tener vergüenza de decirme que había venido para relevarme del mando y suplicándole le permitiese regresar a Lima, pues jamás había visto una marcha de una gruesa división como la que efectuaba al retirarme de las sierras. El General nada contestó y la división regresó a Lima bajo las órdenes del coronel Urriola. Once días más tarde se apareció en mi casa habitación el General Lynch acompañado de don Jovino Novoa a hacerme una visita, y departiendo sobre la campaña de las sierras, el General me dijo que se corría que la división había perdido cerca de la mitad de sus fuerzas y que para dar un

desmentido a esas vociferaciones, tenía la idea de efectuar una revista en el campo de Amancaes, a donde concurriría toda la división expedicionaria mandada por su jefe. Contestéle que si el señor General lo ordenaba, la formación tendría lugar y se pasaría la revista. Se dió la orden del caso y la revista se hizo notándose muy especialmente la diferencia que había entre la gente expedicionaria y los que cubrían la guarnición de Lima, pues aquellos tenían su rostro tostado a causa de la inclemencia del clima. Con esta revista se desvaneció en absoluto la vociferación del pueblo limeño que había inventado tan finas falsedades. Al tiempo de retirarse de casa el General Lynch con el señor Novoa, antes de la revista, este último me dijo en voz baja: "Esta va a ser una justa reparación, mi querido coronel, porque Lynch lo mandó relevar a causa de creer que era verdad el cuento del capitán que se vino adelante, pues al relatarle aquel los hechos lo hacía con lágrimas en los ojos..."

Tan pronto termina de hablar el General, nosotros le preguntamos, vivamente intriguados:

—General, usted hizo referencias a un capitán del Chacabuco cuando nos relataba el desastre de la Concepción. Ahora es también un capitán del Chacabuco quien se apresura a calumniar ante el General Lynch. No pretendemos inquirir su nombre porque ello supondría una viva imprudencia; pero, deseáramos saber si éste es aquél?...

Tampoco nos responde el General; sólo desea olvidar y no quiere que sus labios rompan ese secreto que para nosotros tiene la atracción de un signo que interroga.

Un viaje a Santiago con el objeto de atender un reclamo sobre la conducta de uno de sus hijos en el colegio, lleva al General a interrumpir durante algún tiempo su activa vida militar. Pero bien pronto regresa a Lima y allí la primera noticia que recibe es la del trágico fin que ha tenido la discreta y enamorada dama que puso cerco a su seriedad militar en medio de los pueblos cerriles; luego el General Lynch le comisiona para que parta al interior del Perú y obrando de acuerdo con el coronel Urriola y con el coronel García, ataque al General Cáceres que se hace fuerte en la Chosica. Dos meses tarda esa penosa campaña, en la cual no sólo sus tropas libran rudos combates con los enemigos sino que hubieron de soportar las fieras privaciones que les imponía una naturaleza mezquina, donde ni el agua es fácil de encontrar.

Nos agrega el General que fueron tales los sufrimientos de esa división que marchaba al Norte que sus bajas alcanzaron al doble de las habidas en Huamachuco y con ardor nos explica que de muy buena gana cambiaría cualquiera de las medallas ganadas por un parche de paño rojo, bordado con hilo de



oro, para los jefes y oficiales y de seda amarilla para la tropa, que ostentase esta inscripción: "Recorri más de trescientas leguas por las cordilleras nevadas del Perú."

Regresa a Lima y parte poco después a reforzar las tropas del coronel Velásquez que habiendo partido de Taena, marchan sobre Arequipa. Combaten en Puquina y ocupan a Arequipa el 28 de Octubre, alcanzando el coronel del Canto con este nuevo hecho de armas una palma más en su carrera.

Luego transcurren para él los años en plena actividad, sin darse tregua un instante en sus labores de servicio para la República: le ve la Escuela Militar siendo su sub-director, cuando se retira del mando del 2.º de línea, durante dos años; en seguida pasa a la Comandancia de la Guardia Municipal de Santiago, realizando una benéfica acción cívica y, por fin la revolución de 1891 le sorprende en Taena cuando es ayudante general de la Comandancia General de Armas.

Cuando nosotros le preguntamos al General:

—Al estallar la revolución, ¿inmediatamente dió el Gobierno orden de aprehenderle a usted?

El busca entre algunos papeles un legajo determinado y luego nos responde:

—Oiga usted la historia de mi escapada de caer en las uñas de los dictatoriales. Estando un día dedicado a mis labores en mi oficina situada bajo el telégrafo del Estado, el telegrafista Castellanos, que era muy afectuoso conmigo, me comunicaba todas las novedades que venían de Santiago. El día 7 de Enero de 1891 me golpeaba con instancia el piso para manifestarme que había una gran novedad. Subo al piso de la oficina telegráfica y el telegrafista me leyó en la misma huincha el estatuto dado por el Gobierno en que reunía los poderes públicos para guardar el orden y tranquilidad de la nación. Concluido el estatuto la máquina continuaba dando el signo de **esperar listo**; y un momento más tarde se recibe el siguiente telegrama: "Ponga preso al coronel Canto, en un cuartel, con grillos si es necesario, a fin de que no vuele este pájaro", firmado José Francisco Gana, que era entonces el Ministro de la Guerra, y dirigido al comandante general de Armas. Justamente sorprendido pregunté a Castellanos cuánto tiempo demoraría en la transcripción del estatuto y de la orden de mi prisión, contestándome que a lo menos dos horas porque era largo y su mujer, que era el ayudante de la oficina, estaba ausente. Entonces, poniéndome el índice sobre la boca, dijele: "Mi amigo Castellanos, le ruego no comunicar esto ni a Dios padre hasta que no lo transcriba"; y, dándole un abrazo, me fui agregó: "Adiós; hasta la vista". Me fui a mi hotel, tomé una maleta chica, llenándola con la ropa blanca más indispensable, y en seguida me fui al comedor donde estaban reunidos mi tío Epifanio del Canto con los demás ministros de la Corte, pues comían juntos, menos don José Miguel Varas, que

tenía establecida su casa. Llegué un poco atrasado a la comida y no quise comer pretestando enfermedad, quedándome en la puerta del comedor. En un momento dado hice señas a mi tío para que saliese y, en pocas palabras, le hice ver mi situación y que me iba a ocultar en casa del Ministro Varas.

Así, en esta suave mañana, comienza el General a recordar una a una todas las peripecias sufridas en aquel entonces. No olvida ni un detalle: su prodigiosa memoria le ha permitido retener todo, absolutamente todo: fechas, nombres de lugares y de personas, hechos insignificantes. Recuerda cómo, bajo el nombre de Manuel Olivares, estuvo oculto durante ocho días en casa del Ministro Varas, habiéndose hecho pasar por veterinario, especialista en curaciones de las aves. No olvida cómo una mañana tuvo que acceder a los deseos de la cocinera de la casa improvisándose doctor para salvar a un pavo, haciéndole una verdadera operación quirúrgica; y de cómo, un buen día recibió el anuncio de alguien que llegaba en su busca y que no era otro que un emisario de don David MacIver, quien le enviaba una letra en blanco a fin de que pudiera trasladarse a la Pampa a organizar ejércitos; y cómo, por fin, en compañía de un joven Rebolledo partió en viaje, tomando el mismo nombre de Manuel Olivares y haciéndose pasar por ingeniero de minas, que iba a hacerse cargo de una maquinaria que debía embarcar en Coacáchara. ¡Viaje de aventuras y de crudas peripecias fué



Los secretarios de la Junta de Gobierno en 1891: Coronel Holley, don M. J. Irarrázabal, don Isidoro Errázuriz, don Joaquín Walker Martínez

ese! Evoca su llegada a la caleta Pite donde un señor Montes, al saber que era ingeniero de minas, le llevó a visitar una rica pertenencia de su propiedad, pidiéndole una opinión sobre la veta y un análisis de sus minerales. ¿Para qué decir en cuántas partes fué reconocido? ¿Qué de peligrosas interrogaciones no hubo de soportar antes de lograr embarcarse en un puerto caletero! ¿Cómo comprendemos su aflicción cuando, al subir al vapor, encuentra a bordo a tres o cuatro conocidos que podían denunciarle: el Padre Ulloa, Pedro José Pérez, Guillermo Vivil Zanartu! Pero su buena estrella le llevó a tener en el vapor un angel guardián en el contador, don Ernesto Ebel, antiguo amigo suyo, que le escondió en un rincón del buque. Nueve horas mortales recuerda haber estado el General metido en un saco, cuya boca tenía atada al cuello, y haciéndosele pasar por carga de camotes entre una ruma de sacos llenos. ¡Qué afixia, qué transpirar horrendo, qué atmósfera tan pesada y tan desesperante!—nos dice. Y luego, tras muchas búsquedas de su persona en cada puerto, evoca su llegada a Pisagua y su inmediato viaje a tierra con don Joaquín Muñoz Hurtado, comandante de la "Magallanes" y sus inmediatos y primeros trabajos en la organización de un campamento.

Centenares de carillas se podrían llenar con la minuciosa historia de los primeros combates, reñidos contra cuerpos bisoños y con soldados reclutas. Recuerda el General el combate de Zaniga, el 21 de Enero, en el cual escapó milagrosamente, habiendo quedado un instante completamente solo con dos ayudantes, manejando una ametralladora y siendo el blanco de los disparos de todo un cuerpo; no olvida que el intendente Salinas puso a precio su muerte en cinco mil pesos al que lo errara matarlo y cómo en un combate se vió obligado a huir rápidamente escapando a un asesinato seguro; nos refiere, luego, todos los gloriosos incidentes de la toma de Pisagua, la sangrienta batalla de Dolores, la toma reñidísima de Iquique, donde recuerda con admiración la conducta del entonces teniente Merino Jarpa y pasa luego a contarnos minuciosamente la batalla de Pozo Almonte, combate sangriento y bárbaro como no lo fué talvez la más reñida batalla de la guerra del Perú.

Piensa un instante el General y antes que nosotros alcancemos a formular una pregunta, él reanuda el hilo de sus recuerdos, con animación y entusiasmo:

—Remitidas las tropas constitucionales en Iquique—nos dice el General—y habiéndose retirado al alto de Molle las del Gobierno, se tomó la resolución de atacar a estas fuerzas pero sabiéndolo los enemigos se retiraron mucho más al interior acampando en la Estación Central. En el campamento de Molle dejaron un entierro considerable de cajones de municiones, de los cuales nos aprovechamos y sirvieron eficazmente para el resto de la campaña. Acampado el enemigo en la Es-

tación Central hicieron levantar como un kilómetro de rieles de la línea entre esa estación y la de San Antonio, de manera que las máquinas que tenían los constitucionales no podían pasar de esta última estación. Dispuse entonces que tendría una fuerte gratificación la cuadrilla enrielladora que antes de 24 horas dejase expedita la línea. La cuadrilla con ayuda de la tropa ejecutó el trabajo y nuestras máquinas podían pasar sin inconveniente pero el enemigo se retiró internándose hasta Pozo Almonte. El día 4 de Marzo acampamos en la estación central y en la tarde de ese día oigo una voz que dice: "A estos diablos de dictatoriales no les daría otra cosa que hacerles saber cómo paga el dictador a los que le sirven." Esto se refería a que el Gobierno no quiso permitir que desembarcasen los heridos ni en Valparaíso ni en Coquimbo y hubo que traerlos a Iquique en donde se formaron ambulancias atendidas por las señoras del pueblo. Tan luego como oí aquella voz traté de hacer saber al enemigo el tratamiento que le daba a los heridos el gobierno y concebí la idea de mandar como parlamentarios algunas clases de los heridos que había en Iquique. Los pedí inmediatamente a Merino Jarpa y 4 horas después me los remitió y en una pequeña máquina blindada que teníamos los hice llegar hasta las avanzadas de Pozo Almonte para entregar un oficio a Robles en que le decía que interrogase a las clases heridas y se convenciera del proceder de su dictador. Cuando llegaron a la avanzada el jefe recibió el oficio y como las clases eran cuatro trabaron luego conversación con la tropa del 5.º de línea que componía la avanzada. Al oír el relato de los heridos algunos decían: "Yo no peleo por nada". El coronel Robles contestó que no le daba importancia a un oficio y que el Gobierno había sido tan bueno que permitió se enterrasen los muertos que hubo en Valparaíso. Es de advertir que el mismo día 4 de Marzo, despaché dos espías para Pozo Almonte, un austriaco y un italiano, con la oferta de que ganaría cada uno quinientos pesos si me traían los estados diarios de las fuerzas del enemigo, mediante la astucia de conquistarse la voluntad de un grumette, que era el ordenanza del coronel Robles, jefe de las fuerzas, diciéndole que esos estados debería tenerlos el coronel en los bolsillos o en el cajón de su velador. El día 5 en la noche llegó el italiano diciéndome que su compañero se había quedado en Pozo Almonte ya bien amigo del marinerito, quien le había prometido mandarle lo que pedía. Efectivamente, al día siguiente 6, antes de las 12 del día, llegó el austriaco trayéndome los estados diarios que arrojaban un total de fuerzas de las tres armas ascendente a 1,400 hombres. En el acto ordené emprender la marcha para irnos a acampar en la estación de Montevideo, que es la más próxima a Pozo Almonte y allí arreglé todo lo conveniente para emprender el ataque a la madrugada del día siguiente. El ataque no



pudo verificarse antes de las 7 porque los batallones Taltal y Chañaral no se habían provisto de agua, pero a esa hora se emprendió colocando mi línea de batalla con la derecha apoyada en la oficina de Alcalde y la izquierda en la línea férrea. Al coronel Vergara, jefe de la caballería, le ordené que tratase de levantar algunos rieles de la línea férrea que conduce de Pozo Almonte a la oficina de Porvenir. La batalla se trabó con el mayor encarnizamiento y el regimiento gobiernista, 5.º de línea y batallón Angol eran los que trababan combate con sólo dos compañías del Valparaíso 2.º de línea constitucional; y si solo dejé que esa escasa fuerza sostuviese el combate, fué en razón de que entre los calichares que están al pié del cerro que está en Pozo Almonte y la estación del Carmen había una esplanada como de doscientos metros, que estaba dominada por una pequeña altura situada al sur y mi intención era colocar, ocultamente, tras de esa altura al batallón Pisagua 3.º de línea y las otras dos compañías del Valparaíso y hacer que los combatientes se pudiesen en franca derrota en dirección a la oficina del Carmen para que cuando los perseguidos pasasen por aquella esplanada, la tropa oculta rompiera su fuego y los aniquilase. Costó trabajo hacer retirar a las dos compañías del Valparaíso, que estaban combatiendo, porque su posición era muy cómoda dentro de los hoyos del calichar; pero hice llegar varios anuncios al jefe de los constitucionales instándoles que efectuasen la retirada. Lo hicieron así y los enemigos los persiguieron con alegría, mas al pasar frente a las tropas constitucionales que estaban ocultas, se hizo romper el fuego que los confundió sorpresivamente y que, se puede decir, fué la base de la derrota del enemigo, porque, desgraciadamente, allí cayeron los dos comandantes, coronel Méndez del 5.º de línea y don Manuel Modesto Ruminot del batallón Angol. La artillería hizo al principio de la batalla un nutrido fuego pero, en seguida, observé que lo hacía a metralla y luego sin balas, que indudablemente se les habían concluido y sólo se sentían los disparos con pólvora, por lo cual dispuse que el batallón Constitución número 1 y el Chañaral número 5, que eran las reservas, aceptasen en grupo los cañones que habían sobre el cerro, ofreciendo cien pesos al primero que tomase la bandera que había izada. En el ala izquierda se produjo el pase a las filas contrarias de la compañía del 5.º de línea que estaba de avanzada cuando se recibió a las clases heridas como parlamentarios, pues en el momento que se le ordenó entrar al fuego siguieron de frente en rigurosa formación y cuando los recibía el Taltal a punta de balas, la compañía levanta sus fusiles culata arriba e impertérritos siguieron hasta entregarse, no sin pedir que se les dejase con sus armas, pues en caso de necesidad combatirían por la causa constitucional. El capitán y los oficiales que mar-

chaban con su tropa no se opusieron absolutamente a tal movimiento y a la promesa que había hecho la tropa del 5.º de línea se renunzó sin dificultad. Viendo los enemigos esa acción tan inesperada, alguien concibió la idea de ejecutar la misma operación con una compañía de mi querido y recordado 2.º de línea y al efecto esa compañía hizo acciones aparatosas de seguir el mismo camino que la compañía del 5.º; naturalmente, el Taltal, a cuyo frente estaba, suspendió su fuego y ambos contendores se hacían señas para avanzar. Como la compañía del 2.º no se moviese, avanza el Taltal y a mansalva dispara sus rifles al 2.º dejando tendido en el campo al primero y tercer jefe del Taltal y gran número de tropa. El Taltal retrocede y en seguida, con el refuerzo necesario, sucede casi desaparecer a los vengativos 2.º de línea. La acción duró como cinco horas, entrando al combate 1.600 constitucionales, lo cual daba un total de 3.000 combatientes; y de los cuales, yo personalmente hice enterrar 652 cadáveres y recoger 720 heridos, que hacen un total de 1.372 bajas de los 3.000 combatientes y tengo casi la seguridad de que no ha habido en Chile un combate más sangriento que el de Pozo Almonte.

Cesa un instante de hablar. Entónces nosotros le preguntamos:

—Después de la batalla y mientras duraba la persecución de las tropas afectas a Balmaceda ¿no se vieron en la obligación de hacer fusilar a jefes o soldados?

El General nos responde con prontitud:

—Respecto de esa pregunta recuerdo perfectamente que yo mismo ordené fusilar a un marinero que en mi presencia disparó su rifle contra un oficial de la marina; y en circunstancias de que todos los constitucionales estaban repartidos en el pueblo ejecutando audaz merodeo, hasta el extremo de recibir de algunos jefes de unidad la noticia de que era casi imposible hacer formar la tropa porque muchos de ellos estaban ebrios. Cuando ordené que se fusilase en el acto al marinero que había disparado contra su jefe, mandé al mismo oficial que juntase cuatro soldados. Al pié de un árbol, que había en la plaza de Pozo Almonte, se hizo rezar un acto de contricción al reo, se le dispararon los cuatro tiros y esto fué lo suficiente para que se corriese la voz de que el jefe había hecho fusilar a un marinero y entónces los jefes de unidades no tuvieron el menor inconveniente para hacer formar su tropa. Por lo que respecta a la pregunta de haber hecho fusilar prisioneros es absolutamente inexacta. Combatíamos entre chilenos y eso me basta.

—¿Del caso de Robles, que ha dado tanto que hacer a historiadores y periodistas, achacándole su muerte trágica a órdenes recibidas por los soldados de los jefes constitucionales? ¿Qué hay de verdad en ello?

El coronel puedo más bien afirmar que no ha sido vietimado sino por sus propios soldados, fundándome para ello en lo que he

expuesto antes, esto es, que los constitucionales estaban embebidos en merodear en los despachos y casas del no pequeño pueblo de Pozo Almonte y a nadie se le habría ocurrido perseguir a la víctima que fué inmolada en la oficina de Porvenir, situada a más de dos kilómetros del pueblo. Creo más bien que haya sido muerto por su misma tropa, porque mi viejo amigo, coronel Robles, tenía la mala costumbre de disponer los castigos de la tropa con carácter agrio; y luego, cuando él veía ejecutar algún castigo, se burlaba del paciente, causando con ésto, naturalmente, reconcentrado rencor en la víctima. Recuerdo también que en Huancayo, durante la guerra del Perú, un jefe de su mismo regimiento me hizo notar esta costumbre del coronel y yo, amigablemente, le pedí que tratase de vencerse abandonándola porque era degradante para el superior mofarse del castigo que se ordenaba ejecutar al inferior. También me justifica que el coronel Robles debe haber sido victimado por su tropa el hecho, que me refirió un oficial de marina, de que el grumete cuya única vida salvó en el combate de Huará para que le sirviese de ordenanza, tuvo la audacia de herir a su coronel con su propio revólver, que había ido a buscar a su habitación por habersele olvidado al coronel y a causa de cuya herida se refugió a la Ambulancia, que como hemos dicho se había establecido a más de dos kilómetros del pueblo, oficina Porvenir, en donde fué ultimado. El doctor don Florencio Middleton, cirujano de los gobiernistas, que se me presentó después del combate y que era depositario del reloj, cartera y colleras del coronel Robles, me refirió los hechos que ocurrieron y que me hicieron formar las ideas que he expresado.

La explicación no puede ser más concluyente. La muerte del coronel Robles pertenece a esos hechos inevitables sobre cuya responsabilidad nadie se puede pronunciar, sobre todo en tratándose de revoluciones como las del 91.

La hora avanza y debemos terminar pronto. Comprendemos que nuestras conversaciones cotidianas, durante más de veinte días, deben tener fatigado al General.

Le preguntamos:

—Respecto de la discusión del plan de ataque del ejército constitucional en el sur ¿qué recuerdos conserva, General?

—Inmediatamente, con agilidad de memoria, él comienza a explicarnos:

—En el mes de julio tuvo lugar en la oficina de la Junta de Gobierno una reunión pre-



Algunos de los principales jefes militares de la revolución. Sentados, de izquierda a derecha: don Enrique del Canto, don Ismael Valdés Vergara, don Juan Antonio Orrego, de pie, de izquierda a derecha: don Eduardo Gormaz, don Vicente Palacios, señor Larraín Alcalde, señor Boonen Rivera, don Ignacio López, don Florencio Baeza, don Roberto Silva Renard.

sida por ella y compuesta de los señores Ministros don Manuel José Irrázabal, don Isidoro Errázuriz, don Joaquín Walker Martínez, General don Gregorio Urrutia y del Comandante en Jefe coronel Estanislao del Canto, del jefe de Estado Mayor, coronel Emilio Körner y de los señores, senador don Eulogio Altamirano y diputado don Cornelio Saavedra. Don Jorge Montt, Presidente de la Junta, expresó que la reunión tenía por objeto formar el plan de ataque al ejército de la Dietadura, ya que habían llegado las armas y las municiones encargadas a Europa. El señor Errázuriz, Ministro de Relaciones, dijo que él desearía oír los planes del jefe de Estado Mayor, coronel Körner. Este expresó que debería atacarse la división que estaba en La Serena pues era fácil el desembarco no permitiendo la Escuadra que se acercase al enemigo al puerto de Coquimbo; que esos malvados dietatoriales tenían cañones de campaña y que era preciso quitárselos porque no sabían usarlos. Un refuerzo a esta idea fueron las elocuentes palabras del señor Errázuriz, apoyadas también por las del señor Altamirano y los Ministros don Joaquín Walker y don Manuel José Irrázabal, uniéndose a la idea de los anteriores el diputado don Cornelio Saavedra, el General don Gregorio Urrutia y también el vocal de la Junta de Gobierno, don Ramón Barros Luco. Por consiguiente, había ocho de los once que componían la Junta, que estaban de acuerdo en que debería atacarse a las fuerzas de la Serena. El miembro de la Junta, don Waldo Silva, me interrogó, di-



ciéndome: "Y usted, generalísimo, por qué ha estado tan callado?" Le contesté: "Porque soy completamente contrario a tales ideas". Rogándome entonces que expusiese las mías, dije: "Creo que no debemos pensar en atacar las fuerzas de Coquimbo. Tenemos diez mil hombres, núcleo mayor a que ha llegado nuestro ejército y no debemos despreciar la oportunidad para atacar el centro y el corazón del enemigo; debemos ir a desembarcar a La Poza o La Lakuna de Playa Ancha, aun soportando el fuego de los fuertes, que sabrá contrarrestar la Escuadra; mientras que atacando a Coquimbo creo yo que desembarcaremos fácilmente y que venceremos al enemigo; pero dejaremos después mil quinientos a dos mil heridos que habrá después que cuidar y mantener, ya que todos son chilenos; y, sobre todo, quién quita que el destino no lleve balas locas para dejar en el campo al que habla, al coronel Körner, al coronel Holley y al señor general Urrutia para quedar más tarde sin tener quien se haga cargo del ejército. Es atendible que podían subrogarlo por su orden los inteligentes jefes subalternos; pero son atendibles también los contratiempos que se presentarían por falta de práctica en el mando". Los señores don Jorge Montt, don Waldo Silva y el que habla, eran los tres únicos que creían más conveniente atacar el centro, pero esta opinión era débil para la que se había establecido con la unanimidad de ocho votos que decidían atacar la provincia de Coquimbo. Se ordenó que el ejército se trasladase a la provincia de Atacama para preparar la expedición, embarcándose yo primeramente con la primera división y sucesivamente se trasladaron la segunda y tercera. En Copiapó me interrogaron los señores don Manuel Antonio Matta, Intendente don Ruperto Alvarez, Auditor de Guerra don Abraham Köning y el jefe de las fuerzas expedicionarias en aquella provincia, coronel don Adolfo Holley sobre la formación del plan de ataque al enemigo. Hícele relación de todo y les agregué que yo venía muy descorazonado porque el estado de conmoción del país se prolongaría mucho, en razón de que si bien es cierto que veneríamos a la división de la provincia de Coquimbo y que podríamos sacar de esa división un refuerzo mayor que las bajas que obtuviere el ejército constitucional, siempre sería costoso el triunfo de nuestra causa por las ventajas que tenía el Gobierno de aumentar el suyo con mayor facilidad. Los señores antedichos encontraron mis observaciones justísimas y a medida que iban llegando a la provincia de Atacama los hombres dirigentes, se les iba convenciendo del mejor éxito que produciría el ataque al centro. Por consiguiente, cuando llegó la Junta de Gobierno se pudo convencer de que mi plan de ataque era mejor, pero reformando el punto de desembarque y eligiendo el puerto de Quinteros. Al amanecer del 19 de Agosto se principió el embarque de tropas y en

la tarde del 20 se hacía el desembarco en Quinteros. A bordo del Cochrane, donde venía la Junta de Gobierno, Ministros, Comandante en Jefe y el Estado Mayor, el coronel Körner, con su carácter alegre, tenía disertaciones que alivianaban el espíritu y hacían reír a los concurrentes; así, por ejemplo, decía que se debiera mandar parte de la caballería sobre La Calera para levantar algunos rieles a fin de que a medida que fuesen llegando los trenes de los dietatoriales, hacerlos descender metiéndolos a todos. Esto tuvo mucha relación con la orden del día que se dió el 20 de agosto para el 21, disponiendo que una de las divisiones marchase sobre Valparaíso, otra sobre Limache y la tercera a Calera y un escuadrón de caballería a Puchuncaví. Esta dispersión de fuerzas yo las ignoraba en absoluto, pero uno de los jefes de las divisiones me observó que era expuesto encontrarse con fuerzas inmensamente superiores y que podría ser batido. Leí la orden y de la cual no tenía absolutamente conocimiento y pareciéndome una barbaridad, la reformé ordenando que la primera división se dirigiese al sur, a Conceñ bajo, marchando por la orilla de la playa y protegida por los fuegos de la Escuadra y las otras dos divisiones marcharían por el camino de Conceñ alto, guardando una distancia de quinientos metros. Las divisiones o brigadas tenían cada una su fuerza de artillería y caballería pudiendo cada jefe ordenar la marcha como lo creyera conveniente, pero que un escuadrón tomase la dirección del camino de La Calera a fin de evitar sorpresas del enemigo. En la mañana del 21 emprendieron la marcha las divisiones, pero como había camachaca, la tercera división se fraccionó en dos tomando una el verdadero camino de Conceñ alto y extraviándose la otra mitad, que tomó el camino de Conceñ bajo, lo que fué un acto providencial porque se vió en el combate que no podía ser mejor esa división. Cerca de las diez de la mañana, se me presentó el ayudante Cruz Vergara diciéndome en nombre del Comandante Frías, jefe de la primera división, que el río era fácil de vadear y que si le permitía pasarlo. Dije entonces al jefe de Estado Mayor, coronel Körner, que fuese a examinar el vado y que si era posible lo pasase tratando de envolver al enemigo por el flanco izquierdo: mientras tanto yo atacaría de frente, pero que me mandase aviso en el momento de atacar, para ejecutarlo combinadamente. No recibí aviso, pero el rompimiento del fuego me lo dió a conocer y entonces ordené el ataque de la segunda división que, al mando del coronel don Salvador Vergara, debiera escoger el mejor paso del río, conociendo como era de aquellos lugares. Vergara atacó bizarramente y algún tiempo después noté que la división no avanzaba, recibiendo aviso de la escasez de municiones. Ordené, entonces, a todos los ayudantes que me rodeaban, que no bajarían de diez, incluso los capellanes, don Francisco Lisboa, don Gui-



Tripulación del "Banco"

hermo Carter y don Emeterio Arrate, a los cuales ordené que pasasen el río y que detrás de la línea de combate debería haber muertos y heridos; que recogiesen las municiones y las llevasen a la línea de fuego. Por demás encomiástica se hizo acreedora la conducta de los ayudantes y capellanes, que permitieron seguir adelante la línea de combate. En ese mismo momento llegaba la tercera división y personalmente ordené al comandante de la "Esmeralda", don Patricia Larrain Alcalde, que aun cuando fuese con dos o tres compañías de su cuerpo, tomase el mando especialmente para pasar el río y trasmontar una cuchilla que había por el costado izquierdo, y sin dejarse ver del enemigo, subiese a la cumbre, flanquease al enemigo y rompiese sus fuegos. La envoltura de Körner del flanco izquierdo del enemigo; el enérgico ataque que efectuó; el aprovisionamiento que hicieron los capellanes y ayudantes; y, sobre todo, el movimiento tan bien ejecutado de Larrain Alcalde, desbarató al enemigo y lo hizo ponerse en fuga. Después de recoger los heridos y los pertrechos de guerra, se permitió también que la tropa de los derrotados entrase a nuestras filas tomando cada cual el cuerpo que correspondía al número que llevaba y de este modo, se encontró el ejército constitu-

cional con mayor fuerza que la que había entrado en combate.

Es mediodía. Cuatro horas consecutivas hemos escuchado de labios del General Canto sus recuerdos de la revolución. Se levanta él de su asiento y nosotros nos despedimos. Al día siguiente, después de facilitarnos la curiosa fotografía del dibujo que muestra el parlamento del General Saavedra en Arauco, el General nos dice inmediatamente:

—Ayer dejamos terminada la batalla de Concón. Hoy entraremos a hablar de la de Placilla...

—Una interrupción, general; después de Concón y antes de la Placilla ¿no se intentó algún ataque a Valparaíso?

—Después de la campaña acampamos en Reñaca y desde allí Körner ideó el ataque a Viña del Mar el 23 de Agosto donde estaban los enemigos, y al efecto organizó las fuerzas que deberían atacar, pero al amanecer ya se sabía que durante la noche no había cesado un encañamiento de trenes conduciendo tropas y a pesar de eso Körner quería siempre emprender el ataque, habiéndose situado el enemigo en las posiciones del Barón. Se trabó un fuego de artillería, pero yo conocí en el acto que el ataque habría sido desastroso por cuanto el enemigo desde



sus posiciones nos tapaba de shrapnells con cañones de campaña, mientras que los de montaña nuestros no alcanzaban al enemigo. Ordené suspender el fuego y que nos fuésemos en dirección a Quilpué. Conociendo esta orden el capellán Lisboa se acercó a mí diciéndome: "A media falda se juntan dos caminos de bajada. ¿No le parece conveniente que tan pronto no se vea la tropa vuelva a subir el otro camino y regrese por el mismo que viene bajando?" Comprendí la acción estratégica del capellán y en el acto dí la orden que así se hiciese y el enemigo, si es que nos observaba, debe haber notado que era doble el número de nuestras fuerzas.

Cavila un instante el General y recordando la desgraciada idea de un jefe, nos dice:

—Se me presentó, recuerdo, un jefe para avisarme que podíamos rendir a Valparaíso desde que estaba en nuestro poder en el Salto la llave de agua que surte a la ciudad. Esta acción la rehusé en el acto observando que todos los habitantes del puerto estaban amparados por la bandera patria y que se fijasen que nuestra contienda no era contra gente extranjera sino chilena como nosotros. En cambio hice llamar al jefe de los ingenieros para que me hiciese desarmar el puente de las Cucharas, pero no pudiéndose ejecutar me propusieron que lo harían volar con dinamita lo que no acepté absolutamente; entre tanto le dije que en el próximo túnel desrielasen una máquina a fin de impedir que el enemigo nos atacase por la espalda, lo que efectivamente se ejecutó. Acampados en Quilpué recibía de la gente directiva, que estaba a bordo, indicaciones para atacar por Viña del Mar, de todo lo cual no hacía caso por el conocimiento que tenía de las inexpugnables posiciones del Barón: todas las peticiones que me hacían obedecían a porfiadas indicaciones que hacía el jefe del Estado Mayor, quien ignoraba que principiando el ataque contra el enemigo situado en las orillas de una población, las tropas que se encuentran en la población misma, difícilmente avanzan, pues se ocuparan de ser humanitarias con los heridos para llevarlos al hospital de sangre y sustraerse del combate; o bien para ocuparse del merodeo y evitar también el combate; y tanto más en Viña del Mar que se presta tanto para el saqueo y que tenemos en la misma población el peligro de dos o tres fábricas de destilación. Con tropa veterana y bien disciplinada, sería difícil conseguir éxito para despejar a un enemigo situado en el Barón; y nuestra tropa, que estaba a media disciplina, difícilmente lo habría conseguido. Por lo expuesto se verá que tenía razón para no aceptar la indicación concebida por Körner, y en cambio me propuse desarrollar el plan estratégico de tomar desde Quilpué el camino de Marga Marga para entrar al camino que conduce de Santiago a Valparaíso, obligando al ene-

migo a que abandonase sus posiciones del Barón. Acampados en las casas de Las Cadenas el 27 de Agosto al pié de La Placilla, ordené al jefe del Estado Mayor que nos pusiese doble cordón de seguridad porque conocía la intrepidez de mis conciudadanos y podría ocurrir el caso de que nos diesen una sorpresa, ya que lo probaba el hecho de haberseme presentado, de 6 a 7 de la noche, una patrulla de 6 hombres al maudo de un cabo, que había mandado de reconocimiento y que pertenecía al 2.º de línea del ejército del gobierno. El jefe de Estado Mayor se me presentó para darme cuenta de que ya había colocado convenientemente los puestos de avanzada, y serían las 7 de la noche cuando me sorprenden con el anuncio de que si el enemigo venía, sería sorprendido con la artillería que especialmente había colocado. Yo le dije que no creyese que el enemigo descendiese de sus posiciones para venir a atacarnos; pero él siempre se sostuvo en que vendría porque así se lo había dicho don Ascanio Baseañán Santa María. Volví a replicarle que no creyese en tal cosa y que dentro de una hora más hiciese reunir a los jefes de división y comandantes de unidades con el objeto de acordar el plan de ataque, se verificaría al amanecer, y para recibir verbalmente las instrucciones del cometido que se les encargaría. Así se hizo y cuando todos estuvieron reunidos, les pregunté si habían reconocido las posiciones, contestándome afirmativamente. Les llamé entonces la atención sobre la cuchilla del cerro situada al sur de tierra colorada y removida; expresándoles que yo creía que ese punto era la llave de la posición enemiga y a donde deberíamos dirigir nuestro ataque y que para ello se haría por divisiones sucesivas, abandonando por completo la izquierda del enemigo, que estaba situado en tres colinas empinadas y que se venían a bifurcar en el portezuelo del camino. Yo creo, dícele, que todo ataque llevado sobre estas colinas es peligroso e inútil por la sencilla razón que habrá que trasmontar cada colina y descender a las dos quebradas que las separan y tanto más cuanto el camino que a ellas conduce está lleno de zarzales y de arbustos espinosos. Por el camino mismo tampoco debería atacarse porque en el Portezuelo estaba situado el núcleo de la artillería enemiga, de manera que era indispensable llevar el ataque por la colina o cuchilla de tierra colorada que yo indicaba. Abrí discusión sobre el plan que propuse para que cada uno hiciese las observaciones que creyese conveniente, expresándoles también que la reunión tenía por objeto poseisionarse e instruirse de la forma del ataque y rol que a cada uno correspondería. Nadie hizo observaciones y todos acentaron el plan como el más conveniente. Seguidamente indiqué al jefe de Estado Mayor que hiciese el desarrollo del plan concebido, lo que este hizo diseñando con carbón en el mismo piso de la sala y señalando a cada división la

misión que llevaba; por consiguiente, quedó claramente establecido que el ataque se llevaría en dirección a la tantas veces nombrada cuchilla, ejecutándolo la primera brigada; quinientos metros más atrás seguiría la segunda y la tercera y se detendrían en un punto conveniente y fuera de la zona peligrosa. A las 7 de la mañana se hicieron los primeros disparos de artillería y luego se sintió el fuego de la infantería lo que nos dió a conocer que el combate se había hecho general. Marché, en el acto, a ocupar mi puesto, acompañado de un grupo numeroso de ayudantes y civiles que formaban el cuartel general. A este grupo, creí conveniente dejarlo en una ondulación que hacía el terreno, y me desprendí sólo a tomar una altura conveniente para dominar el campo y desde donde, cada vez que necesitaba un ayudante, hacía señas con la mano; pero llegó el caso de que en un momento dado había despachado a todos los ayudantes y como necesitase de uno se me presentó al último el señor Ministro de Hacienda, don Joaquín Walker Martínez, que también formaba parte del grupo, y acercándome, me preguntó lo que necesitaba y sorprendido con su presencia le contesté que me era de suma urgencia un ayudante porque ocurría un hecho grave. Entonces me dijo: "Yo serviré de ayudante; dígame lo que desea"; y aceptando su ofrecimiento, le manifesté que deseaba hacer que a una sección de artillería, que hacía fuego, le advirtiese que estaba disparando contra los nuestros y que cambiase sus tiros sobre la derecha. En el acto el señor Walker Martínez aguijoneó a su cabalgadura, y con un decidido valor entró al fuego e hizo cumplir la orden que llevaba, haciéndose digno de una recomendación como lo hice en el parte de la batalla.

Cuando llegué a mi puesto de combate me sorprendí sobremanera ver que se atacaba la izquierda del enemigo por el zarzal que había a nuestra derecha y al pie de las tres colinas y que sólo la segunda división, al mando del coronel don Salvador Vergara, era la que llevaba el verdadero ataque señalado en el plan acordado, pero hubo un momento que no podían ascender ya por cansancio o ya por el nutrido fuego que les hacía el regimiento 2.º de línea del Gobierno y entonces dispuse que viniese la tercera división de reserva y para lo cual tuve que emplear numerosos ayudantes, hasta que uno de ellos logró regresar anunciándome que la tercera división también había entrado al combate por el mismo lugar que la primera y que en aquel lugar el combate era desastroso. ¿Por qué se me había tergiversado el plan de ataque? Eso era un misterio; pero qué misterio en esas circunstancias en que toda nuestra acción estaba paralizada, y aquello era únicamente pelear por pelear y matar por matar. En caso tan apurado tuve que verme en la necesidad de inmolarse nuestra caballería y al efecto impartí órdenes al comandante Solar del es-

cuadrón Guías que avanzase con los escuadrones lanceros y húsares, viniendo este al medio y lanceros a vanguardia; que la zona peligrosa la pasase al galope y luego cargase en la dirección que lo hacía la segunda brigada del coronel Vergara. Se ejecutó el movimiento con la regularidad del caso y en el momento de subir la cuchilla daba gusto ver como los infantes se tomaban de la cola de los caballos para subirla, otros se cogían de la acción del caballero y en seguida los demás de la blusa de sus compañeros notándose que el jinete conducía tres cadenas de infantes; pero una vez llegados a la cima se dispersaron en tiradores rompiendo el fuego sobre el enemigo. La caballería, una vez libre, se dirigió al galope sobre el núcleo de la artillería enemiga, dispersó a estos tomando las piezas y eso fué un gran golpe en pleno corazón del enemigo, que se precipitó a la derrota después de cerca de cinco horas de porfiado combate. Cuando llegué a la cima y a más de un kilómetro de distancia de la orilla desde la cual se divisaba el llano, encontré los cadáveres de los Generales enemigos Barboza y Alcérreca, que estaban en unos ranchos, a uno y otro lado del camino. Ordené al capellán don Francisco Lisboa que los hiciese recoger y conducir a la ciudad para darles sepultura, lo que este ejecutó haciendo descargar un carretón que tenía forraje a fin de cumplir con la orden.

—¿Entonces, por qué razón hay quienes dicen que Ud. mandó llevar los cadáveres en carretones de la basura, como infringiéndoles una ofensa después de muertos?

—Recuerdo que ha llegado a mí esta noticia; pero es notoriamente injusta porque en los campos de batalla no hay carroza de pompas fúnebres y no era posible dejar los cadáveres de viejos compañeros expuestos a la inclemencia del tiempo.

—¿Cómo fué posible, General, que estando ellos en posiciones tan seguras, elegidas a su antojo, con cuerpos bien disciplinados a sus órdenes, perdieran la batalla?

—Sencillamente porque desde que entré a conocer medianamente los puntos de estrategia recuerdo que en la obra Vialmont encontré algo muy cierto para explicar los móviles que conducen a la victoria. Estos son: primero, que un ejército debe contar con combatientes que sepan hacer pleno uso de su arma; segundo, que así como hay un solo Dios, también en la guerra no debe haber más que un sólo hombre que mande y dirija sus tropas; tercero, que las tropas estén a la mano del jefe como las piezas en un juego de ajedrez; y cuarto, que, si es posible, todos los combatientes conozcan el terreno en que pisan. Quien posee más de lleno estas cuatro condiciones obtendrá, precisamente, la victoria. En el ejército constitucional venían más de ocho mil hombres, que ostentaban en su pecho las medallas de la guerra del Pacífico, mientras que un muchacho que yo había conocido de civil y que



se me presentó después de la batalla, me mostró su fusil sin haber absolutamente disparado y cuando yo le pregunté la causa me contestó que no le habían enseñado a cargar y que sólo hacía cuatro días que lo habían tomado, que lo habían vestido en la estación de Santiago y luego lo habían traído a Valparaíso, sin saber siquiera cómo era el nombre de la compañía a que pertenecía. He aquí resuelta la primera condición de las cuatro formuladas para obtener la victoria. Para la segunda baste con recordar que el ejército del Gobierno estaba dirigido por una trinidad discordante entre sí mientras que el ejército constitucional tenía libertad de acción y nadie, absolutamente nadie, le comentaba o ponía trabas a sus órdenes, que eran obedeidas con religiosidad. Respecto de la tercera, se comprende que sólo bastan las disposiciones y órdenes del jefe para establecer que las tropas estén a la mano; y la cuarta, basta saber que la contienda era entre conciudadanos. Por todo lo expuesto se verá que estando los generales a más de un kilómetro de distancia de la vista del enemigo, no podían hacerse cargo de las situaciones del combate; o, más bien dicho, en la batalla de Placilla, las tropas del Gobierno no tuvieron jefe y la falta de preparación tuvo por consecuencia la derrota.

—Cuando entró el ejército victorioso a Valparaíso, ¿no hubo desórdenes o resistencia armada?

—Sólo hubo saqueo y el ataque de los soldados armados a una compañía de bomberos, que iba a apagar los incendios producidos por los insurrectos. Porque se alzaron a producir catorce incendios. Pero, yo hice llamar a los jefes ante la Intendencia y ordené que se mandaran patrullas por las calles de la ciudad y que se hiciera fuego contra los saqueadores y revoltosos. Bastó que la tropa disparase contra un primer grupo donde cayeron tres o cuatro, para que se terminasen los incendios y el saqueo.

Transcurre un instante. De pronto le decimos al General:

—General; hemos oído, en más de una ocasión que mientras ustedes peleaban tierra adentro, la escuadra apenas si tenía noticias de lo que pasaba y que en caso de haber tenido ustedes una derrota no habrían encontrado donde refugiarse. Además no ignoramos que después de entrar ustedes victoriosos a Valparaíso hubieron de solicitar el favor de una lancha cañonera para que fuese en busca, en alta mar, de la escuadra y le comunicase a sus jefes que habían triunfado en la Placilla y que ellos podían desembarcar en Valparaíso. ¿Es esto exacto?

Sea que una casualidad coincida con la pregunta o que el llamado es ineludible, el hecho es que una voz requiere al General y él abandona la sala de trabajo para regresar luego. El nada nos dice y nosotros comprendemos que su silencio es elocuente.

Cambiando de asunto, le preguntamos:

—General, cuando se trató ya en Santiago de organizar el Gobierno, ¿cuáles fueron las primeras gestiones?

El piensa un instante y luego nos responde:

—En los últimos días de Diciembre de 1891 se presentó en mi casa una comisión que yo siempre he llamado la Comisión de los Manuales, porque venían tres Manuales: los señores Irarrázabal, Matta y Recabarren y don José Tocornal, para preguntarme qué pensaba de la situación del país porque ya era conocido que yo tenía simpatías en la



Fotografía del General tomada durante unas maniobras de invierno en Italia

voluntad popular. No dándome cuenta de la misión que traían estos caballeros, el señor Irarrázabal me habló claramente diciéndome que también tenía yo simpatías en los partidos políticos y que diese una contestación franca si quería ser el sucesor de Balmaçada.

Se interrumpe un instante el General para exclamar con viveza y énfasis:

—¡Ya veo los enemigos que tendría ahora si hubiera aceptado el mando!...

Luego reanuda serenamente el hilo de sus recuerdos:

—Grande fué mi sorpresa ante tal insinuación desde que jamás se me pasó por la imaginación entrar a defender la Constitución y las leyes chilenas por el interés de llegar a obtener el mando. Naturalmente, ante la proposición me excusé firmemente, alegando que aunque llegase el caso de que todos los habitantes de Chile se reuniesen al pie del Santa Lucía y yo en su cumbre fuese proclamado unánimemente por todos, podrían estar seguros que al día si-

guiente habría huído de mi país. Convencida la comisión de mi rechazo terminante me pidió que si era posible en el acto fuese a la Moneda a convencer a don Jorge Montt para que aceptase el puesto en razón de que en una o dos horas más iría el señor Altamirano, en unión de un grupo de notables a ofrecerle la Presidencia de la República. Como lo deseaban lo hice, y cuando llegó el señor Altamirano yo estaba aún convenciendo al señor Montt que se negaba a aceptar. Cuando la comisión, presidida por el señor Altamirano, fué anunciada, me retiré inmediatamente para regresar a mi casa.

—General, le decimos; si Ud. hubiera ido al Gobierno de la República, ¿cuál habría sido su propósito? ¿Cómo hubiera tratado de gobernar? ¿Hubiera alterado el orden de nuestras leyes?

—Seguramente habría elegido entre los hombres más eminentes de ese entonces: don José Clemente Fabres, don Manuel Antonio Recabarren, Don Vicente Reyes, don Julio Zegers, don Carlos Walker, don Manuel Antonio Matta, don Marcial Martínez, don José Tocornal, don Enrique Mac-Iver y hubiera hecho estudiar nuevamente nuestra constitución, nuestros códigos, nuestros servicios administrativos y después de establecida una reforma y de haber impuesto un sistema electoral bien estudiado y de haber dejado constituida una base para formar un Gobierno estable y democrático, hubiera dejado el mando a fin de que se hubieran hecho las elecciones.

Largamente nos habla el General de sus propósitos, de lo que hubiera deseado realizar a fin de evitar toda posible dictadura presidencial y todo este desquiciamiento parlamentario que cada día nos hunde más y más en una verdadera desorganización, haciéndonos perder lo mucho que se había conseguido en un medio siglo de Gobierno bien establecido, y sobre cuya base descansa nuestro prestigio alcanzado en la América.

Cuando termina de hablar, nosotros le preguntamos, no sin cierto temor de no obtener una contestación definitiva:

—Una pregunta, General. ¿Qué piensa Ud. del estado actual de nuestro ejército? ¿Cree Ud. que está en buen pie? ¿Estima que puede el país descansar confiado en él?

Y el General nos responde, con una sonrisa tranquila y lentamente:

—El ejército nuestro es como la Czarina de las Rusias: alta, muy hermosa, cubierta de joyas brillantes. Llega a saludarla el Kaiser y ella no puede alargar la mano ni inclinar la cabeza; está enferma, no le es posible moverse; está falta de energías. En el ejército pasa lo mismo: muy bonito, muy elegante, pero le falta disciplina y respeto de subordinación.

Cuando, luego, le preguntamos el objeto que tuvo su viaje a Europa, nos refiere cómo él obedeció en parte al deseo del partido conservador de alejarlo del país y al temor de que su popularidad fuese un peligro de re-

mota dictadura. Nos cuenta cómo siendo Ministro de Relaciones Exteriores su amigo don Ventura Blanco Viel, se le designó para que fuese encargado de las adquisiciones de armamentos para la renovación de nuestro ejército.

Interrumpiéndole en su narración le decimos:

—General, ¿qué nos puede recordar de sus gestiones ante las casas europeas para el cumplimiento de su cometido?

Y él nos responde que, a pesar de ser conocida por la prensa la historia de todas sus gestiones en Europa, nos va a referir algo muy significativo. Entonces comienza a decirnos:

—Publiqué los avisos del caso en París a fin de hacer los ensayos de los fusiles. Concurrieron personalmente, por ejemplo, los inventores Beaumont, Marga, Dandetau y algunos representantes de las casas fuertes; en representación del Manlicher concurrió von Schiberg y por Mauser el director de la fábrica Leuv. Se hizo el ensayo primeramente en el pligono de Saint Denis y no habiendo campo de tiro en Francia nos fuimos a Bélgica para usar el campo de tiro de Veverloo, al volver al hotel, después del ensayo y estudiar todos los fusiles concebí la idea de hacer fabricar un fusil aprovechando los beneficios de todos los conocidos. En la fábrica de Ertalez-Lieja, su director Mr. Chantraine me dijo que si todos concediesen el permiso para hacer un fusil de esta especie, no había en treinta años quien lo superase, debiendo en justicia llamarlo el fusil Canto. En esto estaba cuando llegó la nueva comisión, militar chilena, presidida por el general Körner, que aceptó el Mauser, elevando la propuesta a 82 francos, cuando la que yo había tratado, aceptada por Bélgica, nos daba el fusil por 65 francos. Entonces yo hablé con el Ministro Matte, en París y le dije que si se aceptaba esa adquisición, sin abrir propuestas públicas, yo me iba inmediatamente a Chile y sin presentarme ante el Gobierno, daba conferencias en las cuatro esquinas de la Plaza de Armas contando lo sucedido, que yo estimaba una barbaridad. Con esta resolución mía se consiguió rebajar algo la adquisición de los Mauser, obteniéndose el Mauser contra el informe que yo dí, en el cual hacía constar que este fusil tiene defectos que me sería doloroso tener que contar, pues esto desprestigiaría el arma que tienen nuestros soldados.

Ya nos hemos levantado de nuestro asiento para despedirnos del General, cuando él nos dice:

—Nos queda algo por contar y que cierra la historia de nuestra vida activa y hasta de nuestra vida militar; el duelo con el coronel Boonen Rivera. Oiga usted:

—¿.....?

—Se encontraba en Europa muy enfermo el coronel don Jorge Boonen Rivera y el señor Ministro en Alemania, don Gonzalo Búlnes me escribió una carta desde Berlín a



Bruselas en que me decía que el coronel estaba para morir y que su familia quedaría en circunstancias difíciles para trasladarse a Chile. Contesté al señor Ministro que tenía disponibles tres mil francos y que podía disponer de ellos para el caso en que el coronel falleciera, pero que en ningún caso le dijese nada sobre el particular al coronel. Le decía también que muy luego iría a París y que allí me vería con don Agustín Edwards, los señores Subercaseaux, Blest Gana y los demás chilenos pudientes que allí hubiese, para promover la idea de salvar la situación en que podía quedar la familia. Estos hechos no tuvieron lugar por haberse mejorado el señor coronel. Transcurrieron los años y cuando me vi obligado a solicitar mi retiro absoluto del ejército por haber perdido la confianza del Supremo Gobierno, mi amigo, don Alfredo Irarrázabal Zañartu escribió en "La Tarde" un artículo titulado **Levantar al caído**, en que hacía relación de aquel hecho ocurrido en Europa, cuando el coronel Boonen Rivera estuvo en artículo de muerte. La honorabilidad del señor coronel le obligó a darse por notificado y a vindicarse en conceptos hirientes para mí en un artículo. No soportando tal manifiesta susceptibilidad me vi obligado a escribir a Irarrázabal una carta en la que, invocando el sentimiento del honor, le pedía me dijese la verdad sobre una orden que había llevado a la batalla de Placilla, referente al comandante del regimiento Atacama y cuyo contenido lo he olvidado o más bien no quiero recordar; y esta carta, con la contestación al pie, fué publicada en "El Ferrocarril". Y sucedió que iba entonces el Presidente de la República para Cauquenes con el objeto de presenciar las maniobras militares que se verificarían en Tomelo, cuando en el carro del ferrocarril en que se encontraban muchos oficiales, el señor coronel Boonen Rivera saca el diario "La Tarde" y dice en alta voz: "¿No han leído, ustedes, lo que le digo a Canto?" Y leyó. Mi amigo, el oficial mayor del Ministerio de la Guerra, don Roberto Montt Salamaña, que estaba presente, saca "El Ferrocarril" y dice: "Y tú, Jorge, ¿no has visto lo que Canto te dice en "El Ferrocarril"?" Y leyó también las cartas recordadas. Entonces el señor coronel Boonen le pide el diario a Montt y se pasa al carro donde iba S. E. el Presidente, acompañado del General Körner; le alarga el diario al General y éste a S. E., quien dijo después de leer: "La cosa es muy clara. El señor coronel sabrá lo que debe hacer." En la estación de San Fernando o Curicó el coronel Boonen descendió y puso un telegrama a Santiago nombrando a los señores Ismael Valdés Vergara y Santiago Aldunate Bascuñán para que, sirviéndole de padrinos, me exigiesen reparación por las armas. Se presentaron a mi casa dichos señores y yo les contesté que no tenía por qué dar reparaciones; que si me argüían que yo había calumniado al coronel me diesen una hora de plazo para comprobarles que jamás

le había calumniado; que si exigían reparación a toda costa no tenía inconveniente en hacerlo siempre que cualquiera de ellos tomase la representación verdadera del coronel; que como Comandante en Jefe en la batalla de Placilla tenía yo la representación nacional, absoluta y sagrada y que en tal caso no era admisible dar reparaciones por palabras de conexión o hechos coercitivos, a fin de enmendar rumbos extraviados en un subordinado y que, en consecuencia, no estaba dispuesto a dar tal reparación. Se ausentaron los padrinos y en la tarde recibí un telegrama de Cauquenes en que un amigo



Retrato del General en 1895

me decía textualmente: "Su Excelencia ha burlándose de tu actitud para rehusar desafío con Boonen." Esto me dió a conocer que el duelo no era con el coronel sino directamente con el Gobierno, y entonces escribí una esquila al coronel Boonen, esquila que me hizo el favor de llevar mi amigo Tomás de la Barra, en la que le decía que, con mejor acuerdo aceptaba el desafío a condición de que tuviese lugar fuera del territorio de la República y que, al efecto, nombraba como mis padrinos a los señores Gonzalo Búlnes y Anselmo Hevia Riquelme.

Bruscamente se detiene el General. Piensa un instante y luego reanuda su recuerdo:

—El desafío tuvo lugar en el camino de Uspallata, hacia la Argentina y como a cincuenta o cien metros de la línea divisoria que estaba recientemente demarcada. En el trayecto, y cuando marchábamos al campo

elegido, mis padrinos y mi cirujano el amigo Eduardo Moore, se me acercaron en la estación de los Ríos para decirme que eran las 4 de la tarde y que había un campo pequeño, oculto y muy a propósito para realizar el lance; pero les contesté que bajo ningún principio me prestaba a que allí se verificase porque sabía que el gobernador de Los Andes había recibido orden del Gobierno para mandar al comandante de policía y cuatro guardianes, todos disfrazados, a fin de que, si el desafío se verificaba dentro del territorio, se me tomase preso en unión de mis padrinos y cirujano; y habiéndoles mostrado a las personas que traían esa comisión seguimos hasta pasar la línea, a donde llegamos como a las cinco de la tarde. Una vez en el campo se sortearon entre los testigos quién sería el juez que diese la voz de mando, quién mediría la distancia, quién cargaría las armas y quién haría el sorteo de ellas. Después supe que nuestro común amigo, don Juan Miguel Dávila Baeza, no había querido prestar las pistolas de desafío porque los combatientes eran sus amigos, siendo éste un disfraz para hacer disminuir la carga con que deberían prepararse, operación que se hizo en la Lamperería Belga. Las pistolas no sabían cargarlas ninguno de los padrinos y entonces me permití indicarle la operación al señor Ismael Valdés Vergara, a quien le correspondió, así como para sortear recayó sobre don Santiago Aldunate Bascuñán; a don Gonzalo Búlnes medir la cancha y al juez don Anselmo Hevia Riquelme, dar las voces de mando.

—General, — le preguntamos, — ¿es verdad que usted llevaba intenciones de disparar al aire su arma?

Y él nos replica inmediatamente:

—Efectivamente, antes de llegar al campo de acción mi amigo don Gonzalo Búlnes me

interrogó sobre lo que pensaba del desafío, contéandole yo que sabía que mi contendor tenía una esposa e hijitas y que, por lo tanto, dejaría que él disparase mientras yo lo haría al aire. A esta contestación mi médico y mis testigos saltaron furiosos diciéndome que los ponía en ridículo; que este desafío estaba bullangueado hasta en Europa; que era entre dos altos jefes chilenos y cuyo ejército tenía renombre de valor; y por fin, que era necesario que corriese sangre. Repliqué que era una barbaridad que me obligasen a matar a un hombre, pero que había concebido la idea de dispararle a la mano derecha para desarmarle y que después de eso le dirigiría algunas palabras haciéndole comprender que en toda situación y en todo caso no debe olvidarse la disciplina para respetar al superior. Se sonrieron mis amigos, como dudando de la ejecución de mi plan. Un instante después se verificó el duelo y, a la segunda palmada del juez, salió mi disparo, pero con mala fortuna, pues me equivoqué en mi cálculo, ya fuese por el frío que hacía o bien por la conmoción que hace experimentar un acto de esta especie, yendo la bala a dar un poco más arriba de la ceja derecha de mi adversario.

Dice el General y el rictus de su boca denuncia una honda amargura. Nosotros nos imaginamos el recuerdo que en ese instante puede impresionar su memoria: un vasto y solemne paisaje andino; soledad, silencio, nieve. Y bajo un cielo enorme y ante el espanto de seis hombres consternados, cubierto de sangre, en el suelo, otro hombre que lucha entre la vida y la muerte, mientras allá abajo, en un rincón de la ciudad, hay una madre y tres hijas que aguardan ansiosas, trémulas, sollozantes...

